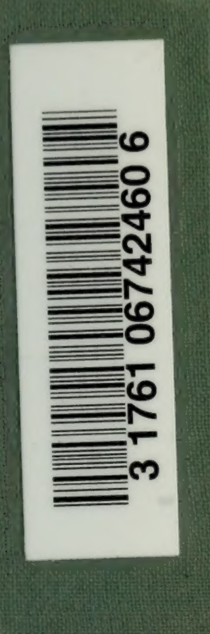

3 1761 06742460 6

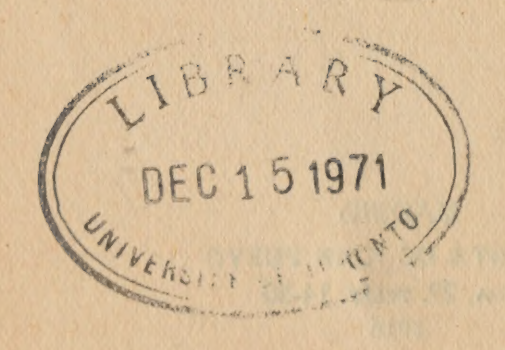


EL SECRETO DE CERVANTES

EL SECRETO DE CERVANTES

HISTORIA DE UN DESCUBRIMIENTO SENSACIONAL ❧ SEMBLANZA DE SU AUTOR D. ATANASIO RIVERO ❧ JUICIOS DE RUIZ CONTRERAS ❧ ICAZA ❧ BLANCA DE LOS RÍOS ❧ CEJADOR ❧ PUJOL ❧ RODRÍGUEZ MARÍN Y OTROS ❧ ILUSTRES CERVANTISTAS ❧

MADRID
IMPRENTA DE JUAN PUEYO
LUNA, 29. TELÉF. 14-30
1916


LIBRARY
DEC 15 1971
UNIVERSITY OF TORONTO

PRÓLOGO POR

D. LUIS RUIZ CONTRERAS

A dos columnas, con titulares gigantescas y en primera plana, como se ofrece la noticia de un crimen horrible ó de un cambio de gobierno, apareció en El Imparcial *(3 de Agosto),* "El secreto de Cervantes" *revelado por Don Atanasio Rivero.*

Exasperó á los cervantistas de oficio y entretuvo hábilmente á los lectores vulgares—entre los que me cuento—; pero al endilgar anagramas formados con mil quinientas letras, la venda cayose de los ojos y la malicia resultó inocentada.

Por añadidura y á los ocho días, en el mismo periódico, en primera plana, con titulares gigantescas, á dos columnas, empezose á tratar de "La desaparición de un anciano"; y esta desaparición era más

afortunada que aquel hallazgo ya que, mientras el "hallazgo" se convertía en pura bambolla, la "desaparición" revelaba las huellas de un crimen. Sin duda Nilo Sáinz ha sido funesto para Don Atanasio, y se puede suponer que si Nilo hubiese anticipado un poco su espeluznante superchería, la superchería literaria de Rivero quedara inédita por ahora.

Los periodistas antiguos lanzaban en Julio y Agosto la "serpiente de mar" y otros infundios análogos; los periodistas modernos buscan y rebuscan durante la quietud y el agobio caniculares algo que logre conmover á sus lectores; pero ninguno imaginó hasta el presente que una exégesis de sucesos literarios tan remotos despertara tan profundas y generales emociones.

Hay que agradecérselo á Rivero, autor del conjuro, y no poco á la sutil astucia periodística de quien sabía ya en sus mocedades "hinchar un perro" y mover la opinión rodeando el asesinato de Doña Luciana Borcino de interés y misterio. Por la manera de presentar "El Secreto de Cervantes" consiguió Domingo Blanco lo que no habían conseguido todas las Co-

misiones y Juntas del Centenario: convertirlo en actualidad; y aun cuando el "suceso" de actualidad ha de ser forzosamente pasajero, de todo lo que ha existido algo queda; y del suceso literario de Agosto quedaron algunas indicaciones verosímiles de Atanasio Rivero, su improvisada popularidad y los valiosos trabajos reunidos en este volumen.

Quedará también el convencimiento de que lo "actual" no es precisamente lo que ocurre hoy, sino todo lo que se resucita y se fantasea ofreciéndolo "palpitante y corpóreo".

Como en una representación de cinematógrafo, el público ha visto *en los artículos de Rivero á los "académicos ociosos" de Pero Hernández que detentaban la gloria y la fortuna del Manco inmortal; es lamentable que la invención de los anagramas y su escaso interés hayan obscurecido y borrado aquellas visiones.*

Queda un supuesto firme: señalar á Gabriel Leonardo Albión. Queda un agravio imperdonable: suponer al autor del Quijote *divertido en confeccionar tantos y tan estériles anagramas. Queda una mentira patente: la* traza. *No hay traza ni puede*

haberla, y es necio decirle á Don Atanasio Rivero, "daca la clave". ¿Cómo, si no existe, ni existió, ni se puede inventar?

Ya otras veces ha sido husmeado en el texto del Quijote *"el secreto de Cervantes", pero ¡de qué distinto modo y con cuánta mayor pulcritud! Don Nicolás Díaz de Benjumea da principio á su "Novísima Historia Crítica de la Vida de Cervantes" con estas palabras:*

"Cuantos han tratado de escribir la vida de este hombre insigne en las letras y „en las armas, deben haber advertido que „en varios pasajes de sus obras quiso dejarnos, ora visibles, ora encubiertos bajo „algún disfraz, muchos de los materiales „importantes para la formación de su biografía".

Materiales para su biografía "encubiertos bajo algún disfraz"; pero ese disfraz sólo para Don Atanasio Rivero pudo ser un anagrama indefinido; el paciente y obstinado investigador Díaz de Benjumea buscaba el "ingenio tracista" de Cervantes interpretando las aventuras y relaciones, pero no removiendo letras, y recordó lo que dijo en tono de sátira el doctor Suárez de Figueroa refiriéndose al autor del Qui-

jote: "*que había querido poner sus aventuras y desventuras en conocimiento de todo el mundo*".

Ahí está la vida entera de Cervantes en la vida y hechos de Don Quijote. Después del señor Díaz de Benjumea no fueron pocos los que intentaron desentrañarla; pero todos permiten al interesado lector seguir su razonamiento, mientras Don Atanasio imprime sus delirios con el mote: Juro decir verdad, *como si se tratase de una comunicación espiritista ó de una confidencia milagrosa.*

La forma es algo burda, y los modales empleados por el cervantófilo novel para replicar á sus contradictores nada tienen de "quijotescos"; bien que tampoco los usa más finos con los contemporáneos de Cervantes: á Lope, á Tirso, á Ruiz de Alarcón, á los más ilustres representantes del Siglo de Oro, los pone de oro y azul. Para Rivero no hay más que un Cervantes haciendo logogrifos y un Don Atanasio descifrándolos.

Menos mal que, al escurrir el bulto cargado con sus embrollos, entre su fárrago palabrero deja estas lanas:

"... me pide con urgencia dé á conocer la

„*clave, el modus operandi, que me guía en* „*mi desentrañamiento... Si yo diese al pú*„*blico mi modus operandi, se multiplica*„*rían los "Avellanedas" y seríamos mil ó* „*cien mil aquí y en América los desentra*„*ñadores de las Memorias de Cervantes,* „*lo cual daría margen á una espantosa* „*confusión, en detrimento de la buena lite*„*ratura y* en vituperio de mis proyec„tos económicos... *Mi poca ó mi mucha* „*fortuna me puso en posesión de este hueso;* „*déjeme que lo roa, aunque me lo ladren*". (*Contestación al señor Oliver, en* El Imparcial *de 12 de Septiembre.)*

Y con el hueso en la boca, proyectando ganancias, "jura decir verdad" á los creyentes. La verdad es que se promete vivir en adelante de sus trazas, *claro que sin decirnos cómo las obtuvo, para que no aparezcan en ambos "hemisferios" mil desentrañadores de las Memorias. El pretexto es de una infantilidad sublime.*

"*...ya que unos no ven en la* traza *el es*„*tilo cervantino y otros quieren ver en ella* „*la luz del rayo de su genio, queda recha*„*zada, de facto, la exigencia de todos los* „*que pretenden que para que las Memo*„*rias sean de Cervantes han de parecer*

„*otro portento tan portentoso como el Qui-*
„*jote, y no ven que* exigen al estro es-
„clavizado en el texto prefijo *lo que no*
„*exigen á la verba libre, meditativa é inde-*
„*pendiente que escribió la Galatea, el Via-*
„*je, el Persiles y Segismunda, libros en*
„*que el cervantismo es muy relativo y los*
„*fulgores del genio más relativos aún".*
(Contestación al señor Rodríguez Marín. art. II, en El Imparcial *de 28 Septiembre.)*

Si me atreviese, diría que hay en la prosa del Persiles y Segismunda, *tanto "cervantismo" y tantos "fulgores del genio" como en la del* Quijote, *y aun es posible hallar en su estilo una madurez más jugosa; diría también que si la* traza *hubiera existido, fuera libre y espontánea, mientras que los párrafos donde se encubre delatarían "al estro esclavizado en el texto prefijo".*

(El estro, el texto... ¡qué trazas tiene la prosa de Don Atanasio!)

El mismo tracero *escribe, retando á los que le niegan sin respeto al "¡juro decir verdad!"*

"..... *á lo desentrañado por mí y en-*
„*trañado por Cervantes, que en gracia á*
„*estas trazas* torció, mutiló, dislocó, des-

„cervantizó y trastrocó *los textos de la* „*Dedicatoria y de las décimas de cabo roto*„. *(Contestación á Rodríguez Marín, art. III, en* El Imparcial *de 30 Septiembre)*

Luego razonando lógicamente, los once capítulos de la segunda parte del Quijote y todas las obras de Cervantes que—según Rivero afirma—se hallan repletas de trazas, *por igual motivo que la Dedicatoria y las décimas, debieron ser torcidas, mutiladas, trastrocadas, dislocadas* y *descervantizadas... ¡Y nadie, ni el propio Rivero, lo había reparado!. Si la* traza *impone la torsión, la mutilación, la dislocación, la trastrocación y la descervantización de los textos, Cervantes dejó de ser Cervantes ó no hay* traza *en sus obras. El dilema es evidente: Cervantes ó Don Atanasio. Conforme á las afirmaciones del segundo, que acabo de subrayar, no pueden existir los dos á un tiempo.*

El novel cervantista lleva publicados en El Imparcial *ocho artículos de "revelaciones" y siete de "réplicas", materiales muy suficientes para un grueso volumen. Pues bien: en su artículo último anuncia que todo esto no es nada, y que las Memorias de Cervantes, "tristes y solemnes".*

formarán veinte ó treinta tomos. No tienen tantos las Obras Completas de Cervantes. Por lo visto el Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes, dejó escritas con traza "*triste y solemne*" *hasta sus liquidaciones de alcabalero. ¡El delirio!.*

¡Veinte ó treinta volúmenes! Asusta imaginarlo. Rivero debe ser un enorme humorista.

Entre los muchos aciertos de su libro, ya citado, apunta el señor Diaz de Benjumea:

"¡Pobre buen sentido, qué expuesto se „halla á equivocaciones!. Mientras tanto, „el loco, el hombre de la teoría, el visiona„rio, tomará las ventas por castillos, las „maritornes por princesas, los molinos „por gigantes y las manadas por ejércitos, „pero no se equivoca jamás en la intención".

En tiempo de Cervantes nadie se anticipó á Nietzsche para decir que "una verdadera filosofía es el relato de una personal aventura"; pero Don Quijote dió un ejemplo que pudo cristalizar esta máxima; la vida ejemplar y única del hidalgo manchego razona todos los encantos y desencantos de nuestra vida.

Supo Cervantes, y bien claro lo demuestra, que "tienen los hombres aptitud para „creerse distintos de como son y evocar „paisajes psicológicos adecuados á su fingido ser, en los cuales el hombre se recrea „por su bien ó por su mal. Se distingue „esta manifestación del carácter porque „ningún cálculo egoísta interviene jamás „en ella, y es necesario diferenciarla por „completo de "la simulación", que permite al hombre astuto un fingimiento para lograr lo que se propone„.

Al escribir esto Jules de Gaultier, el razonador del "Bovarismo", no funda en Don Quijote su filosofía estética y espectacular; pero sus dos principales ejemplos, Tartarín y Juan Servien (Daudet y France), son imitaciones del Hidalgo manchego y de su Dulcinea; porque sólo en Don Quijote se halla el manantial de "todo eso" que recibió el nombre de "bovarismo".

Don Quijote no estuvo loco; le arrastraba con mayor ímpetu que á los demás la inconsciencia hipnótica, la sinceridad apasionada y firme del ensueño que vivía.

La potencial imaginadora que á todos nos impulsa, llegó en él á un grado tan alto,

que no existe otro ejemplo en la literatura ni en la historia.

Vea Don Atanasio Rivero cómo se abre un camino á la investigación, sin tropezar en las minucias de los anotadores. No es una traza estrecha y ruin: es un trazado inmenso y noble.

Don Quijote aguarda; ó como dijo Don José Ortega y Gasset en sus apenas comenzadas Meditaciones, interrumpidas hace dos años: "Cervantes —un paciente hidal- "go que escribió un libro—, se halla sentado "en los elíseos prados hace tres siglos, y "aguarda, repartiendo en derredor melan- "cólicas miradas, á que le nazca un nieto "capaz de entenderle".

Déjese de trazas *misteriosas, tome pronto el camino donde todo es luz y sólo faltan ojos, dedique sus desvelos á buscar entre investigaciones filosóficas "el secreto de Cervantes" que ofreció descubrir, y que de ningún modo se puede hallar en los veinte ó treinta volúmenes de Memorias cuyo solo anuncio nos amedrenta.*

LUIS RUIZ CONTRERAS

Madrid, á 30 de Septiembre de 1916.

EL INGENIOSO HIDALGO
DON ATANASIO RIVERO

POR

TARTARÍN

PRESENTACIÓN DEL HIDALGO (1)

Carlos Sobrino, un muchacho que en Madrid anduvo ensayando ser periodista, al que más tarde vi en la Habana metido á corrector de pruebas, y que ahora ha vuelto acá porque aquello no le probaba bien, fué el que me dió la primera noticia.

—¿Sabes que está en Madrid Atanasio Rivero?

—¿Qué dices? ¿Que ha venido Atanasio? ¿A qué?

—No sé á qué asunto literario. Algo del *Quijote*. En la sidrería de la calle de Echegaray puedes verle todas las tardes...

Y fuí allá, y le vi, como siempre, jovial y desenfadado, con su sonrisa soca-

(1) De *El Parlamentario*, de Madrid (9 de Agosto de 1916).

rrona de asturiano legítimo y su gesto indolente de criollo adoptivo.

—¿Qué hubo, Atanasio?

—*¡Tar!* ¡Ladrón! ¡Tras de ti anduve una semana! ¡Cien veces fuí á *El Parlamentario* á buscarte! Ni te vi á ti, ni encontré á Basilio... ¡En este Madrid se pierde la gente!

¡El bueno de Atanasio! Dije de él en cierta ocasión que era uno de los muchos grandes españoles desconocidos en España. Su ingenio fértil florecía lleno de vigor y de frescura entre la prosa laberíntica y empalagosa de los periódicos habaneros. Era como un remanso de agua clara y limpia en el espesor de aquellos maniguales literarios, cien veces más peligrosos que los otros, los que fueron refugio del mambís arriscado y el guajirito viejo. Al abrazarle, aquí en Madrid, lejos de aquella Habana pintoresca y bien amada, que supo de mis andanzas reporteriles entre los negros levantiscos de Santiago de Cuba y los caciquelos de "pan con timba" que hacían la política del drino Zayas ó del barbero Asbert, he recordado nuestras luchas en la bella ciudad que se mira en el inquie-

to espejo del mar antillano, bajo el fuego del sol y entre la lujuria de las palmas, de los platanales, de las ceibas y de los mamoncillos.

A Atanasio y á mí nos unió la misma desventura. La de vernos víctimas del rencor y de la envidia de una mala persona, pícara y vanidosa. Un tal Manolo Villaverde, saco de bilis, bajo cuyo poder padecimos todas las amarguras. Era el tal un mocito avispado, que aquí en Madrid se las dió de patriota, más español que el Cid, y más astur que Don Pelayo, y que al llegar á Cuba se acordó de que nació en la isla y habló pestes de Weyler, adoró el recuerdo de Quintín Banderas, soltóse las bragas loando á Guillermón y demandó á lágrima viva un destinillo público. Todo esto tenía yo que decir del don Manolito, en justa réplica á una traición muy propia de su villanía y de su mala entraña.

A otra cosa.

La obra

—¿Qué traes á España, Atanasio?

—Una labor de veinte años, chico. ¡Mi

secreto! Aquel secreto que os intrigaba á los guasones de la tertulia del casino. Aquella labor misteriosa que me obligaba á dejaros á punto de las ocho—¿te acuerdas, *Tar*, de tus indignaciones porque yo desaparecía de improviso?—y que he estado ocultando meses y meses, lleno de ansias y de miedos. ¡Ya está! A ver ahora lo que pasa.

—Bueno; pero, ¿qué es?

—Ya lo sabrás. Algo nuevo sobre Cervantes. Creo que puedo armar un escándalo, si tengo dónde. Porque á lo mejor...

Chispeaba en los vasos la sidra fresca y rubia, bien oliente á las pomaradas de Asturias. Atanasio, en voz baja, iba explicándome. Y estaba yo suspenso de sus labios, trémulo de emoción, con una lágrima temblando en las pupilas y toda el alma cautiva de la charla amena y confidencial. ¡El secreto de Cervantes! Labor pacienzuda y admirable de un español insigne, que anduvo desentrañando letra por letra el libro príncipe, que consagró su vida á la tarea ardua é ingrata, acaso con la esperanza de ver hombres á sus hijos para que ellos la prosiguieran.

Ante mis ojos apareció, clara y precisa, la clave ignorada que el hidalgo español dejó en su obra, esperando que al cabo de los siglos, otro español viniera á averiguarla. "Yo mando á mis amigos ó al poeta feliz que la descubra, que la publique de priesa y sin remilgos."

Y he aquí el poeta feliz. Vino de las Indias y nos dice la buena nueva desde las columnas de *El Imparcial*. Se le acogió al principio con un gesto huraño y una mueca burlona. ¡Bah! ¿Qué iría á descubrirnos este Don Nadie, que no se trajo de América onzas ni tabacos, sino un rimero de cuartillas y unos librotes renegridos?

Pues ved lo que descubre. Él sabe *la traza* de los dos *Quijotes*, el áureo y magnífico de Cervantes y el artificioso y rufián de Avellaneda. Las luminarias de su prosa, castiza, tersa y castellana, alumbran como una antorcha la vida obscura é ignorada del genio. Y vamos á saber, por obra y gracia de este Don Nadie que se nos ha metido por las puertas, todo el dolor que amargó los días del hidalgo, y que fué como una llaga cruel que le pudría el corazón y le carcomía las entra-

ñas, dejándole sano el cerebro para gloria de España y asombro de las generaciones pasadas, presentes y futuras.

¡SALVE, POETA!

¡Oh, español desconocido en tu patria! ¿Qué saben aquí de tus luchas por las tierras distantes? Domingo Blanco, el periodista excelso, á quien cupo la suerte de presentarte al público, ha dicho que consagraste tu vida á esta labor maravillosa. Pero yo quiero decir cómo alternabas las investigaciones, cuyo fruto saboreamos ahora, con la obligación áspera y ruda de buscar tu pan y el de los tuyos. Yo sé cómo rodaste de tierra en tierra, y cómo fuiste periodista, unas veces, y viajante de comercio, otras; impresor aquí y comisionista allá, catador de pulque en Méjico y secretario de un generalito chinche y borrachuelo en San Salvador. Tu espíritu andariego te llevó de un pueblo á otro pueblo, y tus cjos se volvían hacia la Patria lejana, á la que no querías volver sino para traerle una ofrenda digna de su grandeza.

Ya está aquí. El mundillo intelectual se agitó, inquietó, al anuncio de tus revelaciones. Se han removido la aguas de la charca, y ya rompen la quietud de las aguas los saltarines renacuajos que croan una sandez ó una impertinencia. ¿Qué importa? Ahí está la labor en espera de las objeciones de los sabihondos. Ahí está tu pluma, que es recia y flexible como un acero toledano, rasgando los velos de un misterio que perduró tres siglos. Cervantes presintió al poeta feliz que descubriría su secreto. ¡Salve, poeta!

LAS "REVELACIONES"

DE

D. ATANASIO RIVERO

Dos son las afirmaciones más esenciales que en sus ruidosos artículos ha hecho D. Atanasio Rivero: la primera, que ha hallado el nombre del autor ó autores del falso *Quijote*; la segunda, que ha descubierto y tiene en su poder la existencia de unas *Memorias* de Cervantes, que son la autobiografía completa del manco insigne y esclarecen, con la luz de la verdad, todos los hechos de su vida.

El *Quijote* de Avellaneda se coció, según el Sr. Rivero, en la *Academia de los Ociosos*, fundada en Nápoles por seis ó siete poetas españoles y patrocinada por el conde de Lemos en cuanto tomó posesión de aquel virreinato el año de 1610; pero los *Académicos*, á quienes acusa como autores principales de aquella obra son el doctor Antonio de Mirademescua, autor dramático, canónigo y arcediano de Guadix, y D. Gabriel Leonardo Albión

y Argensola, hijo de Lupercio y sobrino de Bartolomé Leonardo y Argensola.

Este mozo, atrevido é irrespetuoso, es á quien el Sr. Rivero reputa como eje del feo negocio: los otros colaboraban en el libro y él iba ordenando é hilvanando lo que los demás hacían.

¿Por dónde ha llegado el Sr. Rivero á su descubrimiento? Primeramente por los mismos caminos que ya otros investigadores habían trillado; por la vía anagramática, donde Pellicer se topó con el padre *Aliaga* y Menéndez Pelayo con su *Alonso Lamberto*. Ambos personajes habían sido extraídos de la primera línea del *Quijote* apócrifo:

El sabio Alisolán, historiador no menos...

Y de allí el Sr. Rivero sacó también su autor, ó por mejor decir, sacó sus autores, que tan fecundo es el supradicho escondrijo. Sólo que el primero, Tirso de Molina, lo desechó con muy cuerdas razones y se atuvo al segundo, es decir, al joven Argensola, á quien, por lo pronto, abonaban circunstancias minuciosamente expuestas por su descubridor.

El cual cuenta de esta suerte su descu-

brimiento:—"Desprecié la *s* de sabio, púsele delante al *abio* el *Al* de Alisolan y detrás la *n*, con lo que quedaron así las tres primeras palabras:

el Albion i... sola

tomé la terminación de historiador: *ador*; cambié de posición la *erre;* coloquéla entre *el* y *Albion*, y vino á quedar así la verdad descubierta:

...el... ardo Albion i... sola

ó sea:

GABRIEL LEONARDO ALBIÓN Y ARGENSOLA"

Como se ve, la faena había sido algo laboriosa para un resultado no muy brillante, si á eso hubiese quedado reducido; pero el Sr. Rivero siguió adelante con su procedimiento, tomó todo el párrafo primero del falso *Quijote* y, desentrañándolo, quedó como la luz de claro el enigma de tres siglos.

He aquí el párrafo de Avellaneda:

"El sabio Alisolán, historiador no menos moderno que verdadero, dize que, siendo expelidos los moros agarenos de Aragón, de cuya nación él descendía, entre ciertos anales de historias halló escrita en arábigo la tercera salida que hizo del lugar del Argamesilla el invicto

hidalgo don Quixote de la Mancha para ir á unas justas que se hazian en la insigne ciudad de Çaragoza, y dice desta manera."

Y he aquí la entraña del párrafo, como quiere su descubridor:

Esta es historia anónima, continuazion del DON QUIJOTE DE LA MANCHA, *q en su anzianidad dirigió al duque de Béjar Miguel Cervantes y Saavedra, de Alcalá de Henares, q la ossaron componer Gabriel Leonardo Albión Argensola, secretario del Estado y de la guerra, y el doctor Antonio Mirademescua, arcediano de Guadix, y que está escrita pª leer el egregio visorrey conde de Lemo en la Academia de los Oziossos.*

El éxito del Sr. Rivero fué "asombroso, portentoso, maravilloso, sin límites", como él mismo afirma. Porque no quedó en el descubrimiento de este misterio. Eso es lo que él buscaba: un nombre, una noticia; pero halló mucho más. Como ya hemos indicado, halló la reliquia que guarda la autobiografía de Cervantes, sus *Memorias*.

Las *Memorias* están escritas por el mismo sistema desentrañado en el *Ave-*

llaneda, en períodos anagramáticos, ocultos tras del texto visible de las *Novelas ejemplares*, del *Viaje del Parnaso,* de las *Comedias* y de la *Segunda parte de Don Quijote de la Mancha.*

En todas estas obras ha encontrado el Sr. Rivero largos trozos autobiográficos de Cervantes, con noticias muy puntuales de los diversos acontecimientos de su vida y, entre ellas, de su queja dolorida y airada contra la infamia de que le hicieron blanco Argensola y Mirademescua.

La primera vez fué lanzada esta queja en la *Dedicatoria* de las "Novelas ejemplares" al conde de Lemos.

Dice así Cervantes:

"En dos errores, casi de ordinario, caen los que dedican sus obras á algún príncipe. El primero es, que en la carta que llaman Dedicatoria, que ha de ser breve y sucinta, muy de propósito y espacio (ya llevados de la verdad ó de la lisonja) se dilatan en ella en traerle á la memoria, no sólo las hazañas de sus padres y abuelos, sino las de todos sus parientes, amigos y bienhechores."

—Pues bien—afirma el Sr. Rivero—;

este párrafo, vuelto del revés, desentraña la *traza* con que Cervantes lo compuso; dice así, exactamente con las mismas letras:

Es lo de los Leonardos, secretarios del Conde d Lemos, q escriben, sin avisarme, un libro plagiando la primera parte de D. Quijote, q con privilegio dl Rey acabo d publicar, y q cuando se marcharon para Italia se burlaron de mí diciendo me llevarían en la canasta, y desde estos alardes d buen año no hicieron hasta ahora nada por sacarme desta situación insostenible.

Continúa la "Dedicatoria":

"Es el segundo dezirles que las ponen debaxo de su proteccion y amparo: porque las lenguas maldicientes y murmuradoras no se atrevan á morderlas y lazerarlas. Yo pues huyendo destos dos inconvenientes, passo en silencio aquí las grandezas y títulos de la antigua y Real casa de vuestra Excelencia, con sus infinitas virtudes, assí naturales como adqueridas, dexandolas á que los nuevos Fidias y Lissipos busquen mármoles y bronces adonde gravarlas y esculpirlas, para que sean émulas á la duración de los tiempos..."

Y debajo de este período hay otro anagrama, que es como sigue:

Es lo de los Leonardos, que siguen escribiendo la segunda parte d D. Quijote, sin mi permiso, como si el Privilegio d mi primera parte no tuviere nada q ver con ellos ó se usara acabar las obras diferentes autores que los que las comenzaron. Ya la paciencia se agota, y uso el antiguo procedimiento denunciándolos á la autoridad d Su Excelencia el Conde d Lemos, fiando sus altas virtudes dejarán las cosas en la misma situación en q el privilegio dl Rey quiso se pusiesen, sin burlas para sus buenas, sabias y sanas leyes.

Pero no sólo en textos de Cervantes encuentra el Sr. Rivero anagramas acusadores. La *traza* fué revelada al conde de Lemos, y éste, no obstante prometer que nunca se sabría, la dió á conocer á los autores del falso *Quijote*. El Sr. Rivero ha descubierto trozos anagramáticos en la dedicatoria de esta obra, como hemos visto. Y los ha hallado en el prólogo, donde Albión y Mirademescua injurian villanamente á Cervantes, por adular y complacer así á Lope de Vega, su encarnizado enemigo; en el *Soneto* de

Pero Hernández, publicado en el *Quijote* apócrifo y donde, su autor, el conde de Lemos, desagravia á Cervantes de la indiscreción que en su daño había cometido descubriendo la *traza;* en una décima del doctor Mira de Amescua, dada á luz muchos años después y en la que se precia de haber "inventado el escribir de consuno", componiendo el segundo *Quijote* con Leonardo Albión, y, por fin, en la dedicatoria y prólogo que éste puso al tomo de *Rimas* de su padre Lupercio y su tío Bartolomé cuando en 1634 lo publicó desde su retiro de Zaragoza, y en los cuales hay graves acusaciones contra el arcediano de Guadix, noticias del rumor que había corrido acerca del envenenamiento y muerte del conde de Lemos, y las muestras más cristianas de su pesar y arrepentimiento por los daños que había inferido al autor del verdadero *Quijote.*

El Sr. Rivero sólo ha reproducido en sus artículos de *El Imparcial* una mínima parte de lo que él llama las *Memorias* de Cervantes: la que tiene más estrecha relación con el *Quijote* de Avellaneda. Pero ya hemos dicho que en varias obras

del inmortal manco encuentra trozos de esas *Memorias*, y solamente en la *Segunda Parte de Don Quijote* ha declarado que hay ONCE capítulos escritos con clave, ó sea con noticias autobiográficas, ocultas tras del texto visible. "Descifrando este texto—afirma D. Atanasio Rivero—he obedecido el mandato del genio, que á través de tres siglos *manda* que publique la traza de su *Don Quijote*, el *poeta feliz* que sea capaz de descubrirla, aunque teme no haya quien dé en ella".

Tiene escrito el Sr. Rivero un tomo de esta traza, según su anuncio. Cuando se publique podrá conocerse la auténtica y minuciosa historia de Miguel de Cervantes. Pero, entretanto, su anticipo, por la forma y lugar en que ha sido hecho, más aún que por su intrínseco valor, ha sacudido y despertado la atención del público, ávido de emociones, dando ocasión á que importantes periódicos, entre ellos el mismo en que apareció, requiriesen á nuestros más doctos é ilustres cervantistas solicitando su opinión acerca del descubrimiento y afirmaciones del "poeta feliz". Todas ellas, por su desgracia, le han sido contrarias al Sr. Rivero.

El lector podrá verlo en las páginas siguientes, donde están recogidos y ordenados esos dictámenes, no sólo por la resonancia que en todas partes ha alcanzado este curioso asunto, sino también, y muy principalmente, por la calidad de sus impugnadores y las extraordinarias muestras de saber é ingenio que éstos han dado.

Antes verá también un hermoso trabajo que acerca del misterioso *Avellaneda* publicó hace años el sabio don Eduardo Benot, y que por los juicios que contiene parece escrito en estos días y para esta ocasión.



“ECCE HOMO“ POR D. EDUARDO BENOT

... Unicamente he de discurrir sobre la crítica que el nuevo biógrafo León Mainez dedica al *Quijote* espurio, impreso en Tarragona por Felipe Roberto el año de 1614 y publicado bajo el seudónimo de "El Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda", natural de Tordesillas. (1).

¿Quién fué el escritor que ocultó su nombre tras el de Avellaneda? La opinión general lo atribuyó, en un principio, á Fray Luis de Aliaga, aragonés, que desde su humilde cuna llegó á ser confesor del rey Felipe III, y además inquisidor general. Otros, después, quisieron ver en Avellaneda á algunos de nuestros dramáticos, Alarcón ó Tirso de Molina, y otros á Andrés Pérez, el autor de *La Pícara Justina*. Pero todas estas suposiciones se fueron poco á poco desvaneciendo como conjeturas desprovistas

(1) Del prólogo á «Cervantes y su época», por Ramón León Mainez.

de verosimilitud, hasta que, al fin, el señor Mainez, á quien luego siguió el notable crítico D. Manuel de la Revilla, atribuyó el *Quijote* espurio al portentoso contemporáneo de Cervantes, Fray Lope Félix de Vega Carpio.

En verdad, Lope de Vega, dijo en la confianza de una correspondencia epistolar las citadas palabras: "No habrá nadie tan necio que alabe á "Don Quijote". Pero esta expansión íntima, en pugna manifiesta con los elogios á Cervantes, escritos por Lope en el *Laurel de Apolo* y en otras obras suyas, no es prueba lógica de que Lope escribiera el *Quijote* del licenciado, natural de Tordesillas, ni tampoco de que lo hiciese escribir ó tuviese complicidad en el asunto.

Pero el Sr. Mainez, fundándose en la profecía falsa del Fénix de los Ingenios, en la conocida frialdad de relaciones en que Cervantes y Lope estuvieron durante largos años, juzga de mucho peso las razones que le inducen á creer que Lope de Vega y Avellaneda son dos nombres de un mismo personaje, y Revilla hubo de considerarlas valederas en tal grado, que hasta llegó á imprimir palabras tan

terminantes como éstas: "Si lo indicado por Mainez no es la verdad misma, de seguro es lo que más se acerca á ella."

Siento diferir en esta opinión de lo que pareció tan claro á los señores Mainez y Revilla; pero difiero.

Hace años tuve que estudiar, con un especial objeto, que nada tiene que ver con esta controversia, el lenguaje de Lope en *La Dorotea*, obra cuyo estilo parece que debiera acercarse más que el de ninguna otra composición de Lope al del *Quijote*, de Avellaneda.

Y de aquel estudio he sacado la convicción de que la pluma que escribió una de esas producciones, no fué la misma que escribió la otra.

Hasta el día permanece en el misterio el verdadero nombre del "Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda", natural de Tordesillas.

En aquella época, de pocos miramientos literarios, la obra empezada por un autor solía ser continuada por otro, sin escrúpulo ninguno, si éste otro consideraba el trabajo de honra ó de provecho.

Así, *La Diana*, de Jorge de Monteamyor, fué continuada con el título de

Diana segunda, por Alonso Pérez, y al mismo tiempo apareció la *Diana enamorada,* de Gil Polo.

Con ejemplos de esta clase, no sería improbable que algún escritor de poco nombre, partidario de Lope de Vega y dotado de no vulgar sentido literario, escribiera, sólo "por quitar á Cervantes la ganancia", el *Quijote,* que desde su aparición se llamó de Avellaneda.

Acaso esta probabilidad hubo de influir en el ánimo del señor don Marcelino Menéndez y Pelayo para estimularle á una de sus labores más eruditas: la destinada á inquirir la personalidad oculta tras el nombre del "escritor fingido y tordesillesco que se atrevió á escribir con pluma de avestruz grosera y mal aliñada" las hazañas descritas por "el prudentísimo Cide Hamete". El escrito del señor Menéndez tiene dos objetos: uno, refutar las opiniones que atribuyen el *Quijote* tordesillesco á personajes de gran posición social ó literaria, y otro, apoyar la conjetura de que el incógnito autor fuese un aragonés llamado Alonso Lamberto, á quien parecen referirse las penitencias ó vejámenes que se intima-

ron á los poetas concurrentes á dos certámenes literarios celebrados en Zaragoza por los años de 1614. El señor Menéndez y Pelayo esfuerza su conjetura con gran copia de datos curiosísimos, pero lo hace con todas las reservas de la más circunspecta investigación científica, tanto que llega á decir: "Pellicer, Fernández Guerra, La Barrera, Tubino y otros muchos han pasado al lado de esta solución; pero no sé que nadie la haya sostenido de propósito, y francamente, en una cuestión de hecho, me agradaría más haber acertado que ser original". Pero, en definitiva, el señor Menéndez mismo no considera sus asertos sino como conjeturas de gran probabilidad.

Las glorias de los artistas no son glorias puramente personales: son glorias de la Patria. Sin Cervantes no habría existido el *Quijote*. El autor inmortal puso lo que nadie más que él podía poner: el pensamiento y la fantasía. Pero sin los molinos de viento, sin las ventas, sin Sierra Morena, sin los cuadrilleros, sin yangüeros, los galeotes y, sobre todo, sin los pundonorosos hidalgos de la época y sin los ignorantes labrie-

gos de la Mancha... no habría sido posible aquella admirable novela, con razón llamada "nacional".

En el helado país que produjo las *Niebelungen*, no habría jamás venido al mundo el *Don Quijote*; ni inversamente, las *Niebelungen* habrían nacido en las abrasadas llanuras donde acaecieron las aventuras de la venta. La patria, pues, pone los materiales: ideas, tradiciones, escenario, y el poeta la invención. La cantera da el mármol y el cincel la estatua.

Si el *Quijote* es una gloria nacional, nada que se refiera á esa gloria puede dejar de interesar á un español verdaderamente patriota. Por eso interesan tanto las nunca interrumpidas indagaciones referentes al "fingido escritor de Tordesillas"...

Pero, ¿no sabemos ya quién era?

¿Qué busca, pues, la crítica?

¿Un nombre ó un hombre? Que se llamase Aliaga ó Lamberto no es de esencia; el nombre no hace al autor. Ni tampoco el lugar de su naturaleza, ni su exterior aspecto. ¿Escribió acaso Cervantes su *Don Quijote* por ser alcalaíno, algo cargado de espaldas y muy ligero de

pies? ¿Ó dependió la inimitable novela de lo que ningún pintor puede retratar: la potencia invisible del pensamiento y de la imaginación?

Eso es lo importante: conocer el pensamiento, porque el pensamiento nunca muere.

Se dice que Stephenson, el inventor de la locomotora, ha muerto hace ya muchos años: no es así. En la tumba se disociaron los músculos, los tejidos y los huesos, esto es, los componentes del organismo; precisamente lo que no inventó nada, porque quien inventó el monstruo que devora el espacio sobre carriles de hierro fué el pensamiento del gran Stephenson, y ese pensamiento vive todavía y sigue construyendo todas las locomotoras del mundo.

El pensamiento no muere: todavía abre los surcos en nuestros campos el inventor del arado, cuyo nombre es lo que no ha llegado hasta nuestros días, aunque su felicitísima idea vive entre nuestros labradores y labriegos. No sabemos el nombre del inventor del antiquísimo pan, pero su pensamiento es quien provee á nuestra alimentación cotidiana.

En el olvido cae lo que no inventa: el nombre, los huesos y la carne; pero perduran los pensamientos de cuantos, al morir lo corruptible y disociable, dejan en el mundo algo más de lo que encontraron al nacer.

¿Quién era, pues, Avellaneda?

Su falso *Quijote* nos lo dice.

Avellaneda fué un escritor de no común ingenio, pero de aviesos instintos; de cultura literaria, pero dañina y nauseabunda; prosista de elocución flúida, pero á veces chabacana; de facilidad en el diálogo, con frecuencia chocarrero; de mucha fuerza cómica, pero grotesca; soez en los chistes, aunque variados é inagotables; vulgar en el pensamiento y rastrero en la expresión, aunque no siempre; ciego á toda idealidad, por lo que, como cerdo inmundo, suele revolcarse en el fango del más hediondo naturalismo; casi siempre insensible á todo lo que por lo tierno y lo pulcro hace encantadora la vida; y hombre, en fin, á quien la idea de lucro puso la pluma en la mano para arrebatar lo que á otro por su invención correspondía.

Ecce Homo. Ese es el hombre moral,

llamárase Lamberto ó Aliaga. Pues si ese es el ser moral, ¿merece por ventura, el ente de carne y hueso que para indagar su nombre, patria y profesión, se tomen tantas molestias los buenos y los doctos?

No hay para qué seguir investigando. Avellaneda fué un prosista de talento y erudición, pero sin sentido moral.

....

El teléfono y la bocina son aparatos construídos para hacer oir los vocablos á distancia. Pero por esta finalidad común, ¿habrá alguien que se atreva á clasificarlos como del mismo género? Si la posesión de cualidades en común fuera bastante, todos los objetos serían de la misma especie, pues que todos pesan, todos están sujetos á la ley de la gravitación universal, desde el soberbio cóndor que se eleva sobre las cumbres de los Andes, hasta el funesto microbio, invisible, aunque mata. Y así también para quien prescindiese de las diferencias, serían idénticos el *Quijote* de Avellaneda y el *Quijote* de Cervantes; el satélite y el sol.

D. FRANCISCO A. DE ICAZA

Poeta original y exquisito, crítico sagaz y docto, Icaza está versado como pocos, a la vez que en las literaturas modernas, en las clásicas, y es una de las más altas figuras de la contemporánea.

Su fama de poeta arranca desde los tiempos juveniles, en que dió a la estampa «Efímeras», donde revelaba una gran personalidad poética, afirmada después en «Lejanías», en «La Canción del Camino» y en sus obras posteriores.

Su libro «Examen de Críticos» le dió un puesto eminente en la crítica actual. Confirmaron su autoridad en la historia literaria sus trabajos definitivos sobre «Las Novelas Ejemplares de Cervantes», y sus iuvestigaciones sobre los «Orígenes del Teatro», «Mateo Alemán», «Gutierre de Cetina», y otras sobre literaturas comparadas. Recientemente ha acrecentado aún su renombre con este nuevo libro: «De cómo y por qué la Tía Fingida no es de Cervantes», al que había precedido, inmediatamente, su obra sobre «La Universidad Alemana.»

D. Francisco A. de Icaza es miembro C. de las Reales Academias Española, de la Historia y de Bellas Artes; tiene desde 1911 la gran cruz de Alfonso XII. Presidió la Sección de Literatura del Ateneo de Madrid, para la cual fué reelegido en varios cursos. A su iniciativa se debió, entonces, aquella

serie de conferencias intitulada «Guía Espiritual de España» que, prologada por Icaza, abrió Galdós hablando de «Madrid», y cerró Rusiñol con «Jardines de España.»

Al ruego nuestro de que permitiera la reproducción del artículo que va inserto, contesta el señor Icaza diciendo: «Accedo, por tra»tarse de usted, no obstante estar ya impre»so, con otro complementario, entre los que »dedico á «Supercherías y Errores Cervan»tinos», antiguos y modernos, y que reuni»dos en un volumen, saldrán al público »quizá al mismo tiempo que el que usted »prepara.»

«Nada habría dicho antes acerca de ese »caso á no mediar el empeño del señor Direc»tor de «El Imparcial.» ¿Querría usted— *»me escribió*—honrar nuestras columnas »con su autorizada opinión sobre Los Se»cretos de Cervantes que venimos pu»blicando? Dada la resonancia que está al»canzando este asunto, la gente necesita ya »que ustedes, los maestros del cervantis»mo la ilustren.—Mucho se lo agradece»ría... *¿Quien podría excusarse ante tan hon»rosa y benévola demanda, aunque no se juz»gara «maestro», ni mucho menos? Tanto »más cuanto que por mediación de un an»tiguo y querido amigo mío—diplomático, »escritor distinguidísimo y propietario de* »El Fígaro de la Habana»*—el mismo autor »de las* Memorias *había solicitado conocer mi »juicio sobre el susodicho descubrimiento.»*

«El Imparcial» *publicó como artículo de entrada en su número del 14 de Agosto, bajo el título, de «No hay tal Secreto de Cervantes», la contundente é irrebatible respuesta que reproducimos á continuación:*

Me pregunta *El Imparcial* qué juicio he formado respecto á los artículos cervantinos que encontraron recientemente cabida en sus columnas.

Trataré de responder del modo mas claro y lo más lacónicamente posible, ateniéndome estrictamente al asunto.

No hay en las literaturas, antiguas y modernas, muestra de una obra buena ó mala escrita como se supone en esos artículos que el *Quijote* de Cervantes y el de *Avellaneda* fueron escritos. Existe el acróstico en composiciones poéticas ó fragmentos sueltos, donde además del sentido ostensible se oculta un nombre ó una frase por descifrar—ejemplo, los versos donde se declara ser de Rojas *La Celestina*—; pero en esos mismos acrósticos, descifrables todos metódicamente, á pesar de su corta extensión, se percibe, como no podía manos de suceder, el trabajo con que fueron compuestos, por

la incoherencia de ciertas frases y lo forzado de algunas palabras.

Nunca hubo jamás un libro entero, bien ó mal ordenado, sujeto á una doble lectura. Tal obra ni se ha escrito ni se puede escribir. De las obras clásicas, no tomando y quitando letras, como hace el comunicante, sino empleando palabras completas, se forjaron muchos centones en épocas de decadencia literaria. De una página del *Quijote* podrán inventarse infinitos anagramas como los que el articulista viene haciendo; pero éstos serán siempre suyos, sin que en ellos tenga que ver para nada Cervantes.

Terminada la tirada de un libro, repártese la letra en la imprenta, compónese otro nuevo y á nadie se le ocurriría que éste último es del propio autor que compuso el primero, aunque el material empleado fuera exactamente el mismo. Harto difícil es ya escribir en un sentido inmediato—que puede llevar en sí una alusión velada ó un símbolo, pues no lo excluye—, para querer complicar aún más la tarea del artista. Sería cosa de enloquecer de sólo pensar que no ya en la hermosura y grandeza de idea y de

forma ó en los divinos donaires de la prosa cervantina, sino en esta nuestra prosa diaria y común, empleada en los cotidianos menesteres, habríamos de meter á la fuerza otro sentido hermético encerrado en una cifra convencional.

Y viniendo á los hechos, es indudable que el articulista en cuestión, auto-sugestionado por su propia labor, se engaña en absoluto. Cervantes no pudo decir lo que le atribuye. No lo pudo decir, porque las palabras que usa en su nombre, no sólo no son del léxico cervantino, ni del léxico de la época, ni aun siquiera del vocabulario español corriente hoy día en la Península. No pudo decirlo tampoco, porque las costumbres que pinta no son las de entonces, y, por último, porque pugna históricamente con documentos indiscutibles. Nada de esto es opinable. Veamos unos ejemplos:

Entre las personas que, según el articulista, protegieron y visitaron en sus prisiones de Sevilla á Miguel de Cervantes, estaban: "Hernando de Herrera, Malara y Jáuregui". Cervantes no podia incurrir en tan extraordinario anacronismo. Mal Lara había muerto desde

1571; Jáuregui nació en 1587, diez y seis años después de la muerte de Mal Lara. La fecha de la primera prisión de Cervantes en la cárcel de Sevilla puede fijarse documentalmente, en virtud de dos Reales providencias, en los meses de Septiembre á Diciembre de 1597. Existe un documento—el informe de los contadores de Valladolid sobre los alcances de Cervantes—de donde se infiere una segunda prisión en 1602.

Habiendo fallecido Herrera en 1597, mal podía enviar á la cárcel *plato* alguno á Cervantes, ni tampoco hacerle la rara y tremenda cortesía de visitarle después de muerto.

Para salvar el anacronismo no vale trasladar esas visitas á 1597, porque nada se conseguiría, ya que la prisión de Cervantes fué en los últimos meses del año, y entonces resultaría, además, Jáuregui, á los diez años de edad, retratando á Cervantes. Malo es el retrato que nos dicen sea suyo, pero, francamente, para ser pintado en la cárcel y á los diez años, es verdaderamente prodigioso.

No es de creer que Cervantes presu-

miera de belleza física; pero tampoco hay indicio de que se tuviera por un monstruo; muy al contrario, demuestra cierta vanidad, por lo menos de simpatía, muy en relación con la de sus escritos, cuando dice de sí mismo en el prólogo de *Las Novelas*: "Este que veis aquí de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada; las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro; los bigotes grandes, la boca pequeña", etcétera, etc. Y cuenta que esto lo escribía muchos años después de la fecha en que quiere colocarse el episodio. ¿Cómo imaginar al soldado de Lepanto, al cautivo de Argel, discutiendo con un chiquillo de diez ó diez y siete años, que para el caso es igual, sobre si debía retratarse y si su fealdad era ó no de las desusadas? Sólo la resurrección de Mal Lara treinta años después de muerto corre parejas con esas cosas inauditas.

Por otra parte, en la cárcel de Sevilla no había más celda que la de los ajusticiados. No fué la cárcel moderna que el articulista se imagina, sino la que des-

cribió el padre León y pintó Cristóbal de Chaves con curiosos detalles, varias veces recogidos y comentados tan justa como pintorescamente por el Sr. Rodríguez Marín.

No son más exactos los demás pormenores de los artículos á que me refiero.

"*Miguel de Zerbantes*—que nada tenía que ver con el autor del *Quijote*—fué sentenciado en 1579 á que se le cortara la mano derecha por heridas que infirió á Antonio Sigura, *andante* en corte." Pudo Morán, descubridor ó, por lo menos, vulgarizador de la noticia, imaginar que *andante en corte* quería decir alguacil; Miguel de Cervantes Saavedra no caería en tal error; supo de sobra que *andante* en corte era el transeunte, como *estante* en corte el domiciliado, y los alguaciles de la corte eran, necesariamente, *estantes* en ella.

Además, el documento referente á ese Miguel de Zerbantes existe en el archivo de Simancas, no cabe fantasearlo, y en él constaría la calidad de alguacil de Sigura, si la hubiera tenido, y con más razón se habría asentado su muerte. Es

todo lo contrario; el documento dice así: "un myguel de Zerbantes absente sobre razón de aber dado ziertas heridas en esta corte a antonio de Sigura andante en esta corte..."

Que nada tuvo que ver ese Zerbantes con el autor del *Quijote* es evidente, porque habiendo sido condenado en rebeldia, despachándose á Sevilla y otras partes del reino un alguacil en su busca, no iba el padre de Cervantes Saavedra á estar gestionando al mismo tiempo—en Diciembre de 1569—la información de limpieza de sangre del perseguido por la justicia, ni mucho menos á denunciar él mismo su paradero diciendo: "Rodrigo de Cervantes, andante en corte, dijo que (a) Miguel de Cervantes, mi hijo e de doña Leonor de Cortinas, mi legítima mujer *estante en corte romana*, le conviene probar..." Se trata indudablemente de un homónimo, y el cuento de "Cervantes asesino" carece de todo fundamento.

A propósito de lo que repetidas veces se dice en esos artículos sobre D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, basta hacer notar que Alarcón vino de México en

1600, siendo muy mozo. No puede, pues, mezclársele en sucesos anteriores á esa fecha. Pasó á Salamanca á terminar sus estudios, como lo demuestran las matrículas; volvió á Sevilla, donde estuvo gestionando regresar gratuitamente á la Nueva España—véanse los documentos de Rodríguez Marín—, y logró hacerlo á mediados de 1608, en el séquito del arzobispo García Guerra. Compruébase la fecha en los *Sucesos* de Mateo Alemán. Contra todo lo que se había venido asegurando, según se demuestra en el expediente últimamente publicado por la Biblioteca Nacional de México, allá permaneció los años de 1608, 1609, 1610, 1611, 1612 y parte de 1613; cuando regresó á la Península estaba ya escrito el *Viaje del Parnaso* de Cervantes. Alarcón pasó otra vez á Salamanca á revalidar sus nuevos estudios hechos en la Universidad de México y á terminar otros. Algunas matrículas de ese período fueron halladas por doña Blanca de los Ríos. Su vida teatral no comienza, en realidad, sino después de la muerte de Cervantes, y es tan falso que tuviera relaciones de amistad con éste durante su primera estan-

cia en España—aunque así lo asentara arbitrariamente la vieja crítica—como que hubiera entre ambos rivalidad alguna á su regreso. No es extraño que Cervantes no le alabe, porque Alarcón era entonces un desconocido. Apenas si corrían en los preliminares de algún libro ciertas premiosas composiciones líricas suyas, y Cervantes no podía adivinar los tesoros de arte que el poeta inédito iba á traer de América ocultos entre su matalotaje.

Del mismo modo puede desmenuzarse punto por punto cuanto en esos artículos se dice: de la costumbre de los príncipes y señores de pagar la impresión de las obras que les eran dedicadas, de todo lo que se refiere á los privilegios de impresión de las mismas, de las aventuras en que se hace intervenir á Rodrigo de Cervantes durante su estancia en Flandes y aun después de su muerte, etcétera, etc., sin que pueda quedar en pie una sola de cuantas afirmaciones en esos artículos se sostienen.

D. NORBERTO GONZÁLEZ AURIOLES

Autor de estudios muy valiosos por los datos que contienen, por la forma en que están expuestos y por el amor que revelan á Cervantes á y sus obras.

He aquí sus títulos: «Cervantes y el Monasterio de Santa Paula», «Recuerdos autobiográficos de Cervantes en La española inglesa», «Cervantes en Córdoba», «Monjas sevillanas, parientes de Cervantes», «Cervantes y su viaje á Italia» y «Cervantes y Sevilla».

El Sr. González Aurioles es vocal del Comité Ejecutivo del Centenario de Cervantes.

—Claro es que siendo yo apasionado de Cervantes, he leído con interés esos artículos, esperando encontrar en ellos, si no todo lo que prometían sus llamativos y rimbombantes epígrafes, algo que pudiera estimarse al menos como un dato positivo ó como una nueva orientación en los estudios cervantinos (1). Mi desilusión, sin embargo, ha sido completa. Literariamente considerados, justo es decir que confirman, ya que no acrecienten, la bien ganada reputación del Sr. Rivero como escritor culto y galano; pero en su aspecto crítico-biográfico, ó sea en lo fundamental, justo es decir también que no se saca de ellos ni una pizca de substancia.

—¿...?

—Ya era sospechoso, por lo inusitado,

(1) *Interview* con D. Manuel Avello, publicada en *El Correo Español*, de Madrid, á 14 de Agosto de 1916.

que el mismo autor, sin esperar el fallo de la crítica, colocara sobre su cabeza los laureles del triunfo. Nadie hasta ahora, que yo sepa, ha hecho cosa igual ni parecida. Ni siquiera hay precedentes que justifiquen la importancia y el alcance que concede á su *descubrimiento* el mismo Sr. Rivero. Ni Morán, ni Asensio, ni Pérez Pastor, ni Rodríguez Marín, que han sido en estos últimos tiempos los más afortunados investigadores cervantinos, ninguno de ellos cacareó ni echó las campanas á vuelo, cuando, tras largas y pacientes investigaciones, encontraron en los archivos algún documento inédito; y cuenta que alguno de estos documentos arrojaban mucha luz ó resolvían problemas muy importantes en la vida del gran escritor. Y en cuanto á sus opiniones, baste decir que cuando las emitían sobre puntos dudosos ú opinables, jamás se permitieron hacer afirmaciones absolutas, sino que, procediendo discretamente, sometían á mayor esclarecimiento lo que no estaba plenamente comprobado con testimonios irrecusables ó con una prueba documental.

Ahora bien; si estos graves escritores,

aun provistos de tan buenas armas y teniendo por escudo su indiscutible autoridad y crédito, nunca entraron sin temor y duda en las lides cervantinas, ¿qué pensar del Sr. Rivero, que saliendo por primera vez á la palestra y sin ir provisto de otras armas que las inocentes y quebradizas de lo quimérico, lo conjetural y lo cabalístico, tiene, sin embargo, la arrogante pretensión de herir de puño y de echar por tierra del primer mandoble á los más diestros y aguerridos?

—¿...?

—Arguye esta conducta tal carencia de reflexión y de buen seso, que sólo puede explicarse en el Sr. Rivero por una lamentable ofuscación de su espíritu; á menos que se contente con la opinión del vulgo, ó que nada le importe la de los entendidos y estudiosos; en cuyo caso, no ya el Sr. Rivero, cualquiera otro inferior á él en mentalidad y letras, puede decir á mansalva sobre materias cervantinas las mayores atrocidades y pasar, no obstante, por un hombre de superior cultura y raro entendimiento ante los ojos de la multitud, muy propicia á admitir como artículo de fe, en su

ignorante credulidad, lo maravilloso y extraordinario. Tales hombres—no siempre movidos de buena fe como el señor Rivero por altísima aspiración espiritual—suelen obtener en política muy fáciles y duraderos éxitos; mas no en literatura, donde es bien efímero y precario el éxito de los audaces.

—¿...?

—Sí, hay un punto en esos artículos sobre el cual conviene llamar la atención de aquellas personas que, siendo ilustradas, en términos generales no han hecho sobre esas materias un detenido estudio. Es cierto que Menéndez y Pelayo, valiéndose del anagrama, formuló una conjetura sobre el encubierto autor del falso *Quijote.* Mas esa conjetura no supone, ni mucho menos, que preconizara tal sistema para la resolución de los problemas cervantinos. ¿Cómo había de preconizarlo, si él fué el más incansable apóstol de los métodos científicos en las investigaciones históricas y en la crítica literaria, y el que más duramente fustigó á Díaz de Benjumea y á cuantos emplearon en las investigaciones cervantinas el incierto, desacreditado y

empírico procedimiento del anagrama?

—¿...?

Fuera de esto, la conjetura de Menéndez y Pelayo, con ser menos sutil y alambicada que la del Sr. Rivero, no la estimó como un gran *descubrimiento* ni menos la calificó como califica el Sr. Rivero la suya, de *triunfo glorioso y estupendo*. Antes al contrario, él mismo la calificó de *baladí*, y la prueba de la poca importancia que la concedió está en que, al comentarla, dice en su artículo *que no se lisonjeaba de haber acertado con la solución del enigma*, y que *sólo le parecía que su hipótesis era más verosímil que las anteriores*.

—¿...?

—Ni podía ser de otra manera. ¿Cómo había de conceder á una conjetura un valor absoluto y definitivo? Por lo mismo que era un sabio, procedía con demasiada cautela para no hacer afirmaciones que podían ponerle en ridículo si, como es posible, el día menos pensado y donde menos se imagine se encuentra el verdadero nombre de *Alonso Fernández de Avellaneda*. Por lo demás, bien puede asegurarse que si el gran crítico ex-

perimentó algún regocijo al dar con el nombre de *Alonso Lamberto*, no llegaría al extremo que llegó el Sr. Rivero de *lanzar gritos, brincar y dar zapatetas* cuando topó en sus combinaciones anagramáticas con el nombre de *Gabriel de Argensola*... ¿Pero no sabía el Sr. Rivero que el gran literato portugués Teófilo Braga fué el primero en descifrar, hace diez años, por el mismo procedimiento anagramático, el apellido Argensola?

—¿...?

—¿Y qué decir á usted de esas *Memorias* criptográficas de Cervantes? ¡Esto sí que es el colmo de la penetración y de la sagacidad crítica! Suponiendo que las escribiera, lo cual es muy dudoso, ¿á qué conducía ocultarlas con tan intrincada y misteriosa urdimbre en la limpia y despejada prosa del *Quijote*? ¿Qué objeto podía perseguir con ello? Porque, aun cuando sea vulgar la comparación, más difícil hubiera sido descubrirlas con la *traza* imaginada por el Sr. Rivero, que si, encerrándolas en una caja de hierro, la hubiera arrojado secretamente al mar esperando que lograra dar con ella en el

transcurso de los siglos algún buzo adivino... ¿Se concibe nada más inverosímil ni nada más lejos de todo razonable discurso?

—¿...?

—No puede negarse con todo esto que los artículos del Sr. Rivero han tenido una eficacia positiva: han conseguido avivar el interés de los estudios cervantinos, y han logrado (y ya es lograr) que muchas personas, por algunos días, sustituyan con un tema literario la inculta conversación de los toros.

D. MIGUEL S. OLIVER

Escritor de vigorosa mentalidad, elegante estilo y mucha ciencia.

Al problema nacional ha dedicado un notabilísimo libro: Entre dos Españas, *y entre sus trabajos de erudición destaca el titulado:* Los españoles en la Revolución francesa, *donde hace un estudio precioso de la vida y obras de Moratín.*

D. Miguel S. Oliver es director del importante diario de Barcelona La Vanguardia *y alterna con la cotidiana polémica, siempre culta y brillantemente mantenida, los estudios históricos y literarios á que, en gran parte, debe su envidiable fama.*

Hablemos un poco del "secreto de Cervantes" y de las grandes revelaciones ofrecidas por D. Atanasio Rivero en sus artículos de *El Imparcial* (1). No soy yo cervantista de voto solemne, antes bien, cada vez que discurrí acerca del gran escritor y de sus obras ó su vida fué en sentido de reacción contra la "secta" y tratando de restituir el asunto á la corriente universal de las ideas literarias, á su interpretación lógica, humana y sencilla. La parte mayor del cervantismo adoleció en España casi hasta nuestros días del mal de ser una cosa idolátrica y delirante, sin articulación con la crítica europea, encerrada en sí misma, entregada á métodos arbitrarios y absurdos.

Ninguno de los problemas cervantinos padeció en tanto grado los efectos de esa aberración mental como el del *Quijote*

(1) De *La Vanguardia*, de Barcelona.

de Avellaneda y la investigación—llamémosmola investigación—del nombre verdadero que correspondiese á tal seudónimo. Una de las diatribas más crueles que contra la erudición española se han escrito debémosla, precisamente, á las disquisiciones y fantasías que nuestros cervantómanos dedicaron á esclarecer el famoso misterio, explicando casi siempre lo obscuro por lo obscurísimo. Paúl Groussac, director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, publicó en 1902 su libro *Une enigme littéraire*, consagrado casi por completo á dar buena cuenta de las conjeturas y soluciones aprontadas durante el pasado siglo, desde Pellicer hasta el propio Menéndez y Pelayo que, por un instante, sintió el contagio de la vieja escuela. Muchas de esas soluciones, por no decir todas, se fundaban en la existencia de pretendidos anagramas escondidos al principio ó en medio del falso *Quijote* y aun del *Quijote* verdadero en su segunda parte. Quién, en estas palabras del plagio impreso en Tarragona: *El sabio Alisolán, historiador no menos...*, leyó el nombre de Aliaga, confesor del rey; quién el de Alonso

Lamberto, vulgarísimo poeta de Zaragoza. En otras del *Quijote* verdadero, se pretendió hallar el nombre de Blanco de Paz, religioso medio renegado, que en Argel traicionó á Cervantes delatando uno de sus proyectos de fuga.

Y así sucesivamente habían desfilado como candidatos á la paternidad del engendro Andrés Pérez, autor de la *Pícara Justina*, Lope de Vega, Alarcón, Góngora, el duque de Sessa y hasta el mismo fray Luis de Granada, fallecido una porción de años antes. No anduvo más afortunado Groussac en la candidatura que patrocinó, ni su autoridad personal era suficiente á justificar la petulancia de su lenguaje, acre y de dispéptico. No obstante, tenía razón en el fondo; muchos españoles pensaban ya de la misma manera, y aquel libro coincidió con una nueva orientación de los estudios cervánticos en sentido severamente documental ó crítico, como la que iniciara el malogrado presbítero Sr. Pérez Pastor, y que después han continuado los señores Rodríguez Marín, Icaza, Alonso Cortés y otros varios.

En este punto aparecen los artículos

de D. Atanasio Rivero, consagrados, en lo conocido hasta ahora, á la cuestión del falso Avellaneda; y claro es que por la forma en que venían anunciados y por el definitivo esclarecimiento de la verdad que prometían en el introito se formó en torno de ellos una extraordinaria, indecible expectación, de que participé, como todo el mundo. El Sr. Rivero, con prosa afluente é incentiva, nos contó sus peregrinaciones por América, sus afanes, sus torturas por arrancar el secreto á la esfinge, su primer viaje á Madrid, dolorosamente frustrado por una enfermedad muy grave que le impuso inmediato retorno á Cuba. Y al leer esas interesantísimas aventuras espirituales, que considerábamos de un investigador tenaz en busca del dato explícito y fehaciente; al insinuar que traía del otro mundo nuevas de Mateo Alemán y de su firme amistad para con Cervantes, y de sus andanzas en Méjico, llegamos á creer en la posibilidad y casi en la existencia de un verdadero hallazgo: un texto desconocido hasta ahora, de Cervantes, ó de Alemán, ó de Espinel, ó de quienquiera que fuese, manuscrito ó no, auténtico ó no, autó-

grafo ó no; pero un texto, en suma, base y fundamento de las tan ponderadas revelaciones.

Pareció corroborar esta presunción la destreza con que el Sr. Rivero analizaba las hipótesis precedentes. Mientras hizo crítica de las diversas interpretaciones anagrámicas que se habían lanzado antes de él; mientras expuso las suyas que, en vez de Aliaga ó de Alonso Lamberto, le dieron en una ocasión el nombre de Tirso de Molina y en otra ocasión el de Argensola, creí que entraba en terreno firme, que se proponía demostrar con esa simultaneidad de resultados opuestos lo arbitrario y anticientífico del método cervantista puro. Sin duda con sus alardes de agilidad quería probar cuán vacuo era el sistema de preparar al lector para revelaciones más consistentes que todas esas puerilidades charadísticas á lo Novejarque. Pero al llegar al artículo III (6 de Agosto) y ver, contra nuestra previsión y buen deseo, que volvía al punto de partida, reincidiendo en el sistema con mayor amplitud y más en grande que sus predecesores; al comprobar que el hallazgo del Sr. Rivero no

es el de un libro ignorado, de una relación, de un códice ó manojo de documentos transportados á América, ni de cosa alguna objetiva, sino de unas "Memorias" incrustradas en las mismas obras de Cervantes, el desencanto ha sido unánime y brusco. El "¡bah!" de ese desencanto habrá repercutido de un extremo al otro de la Península, y se hubiera dejado oir ya en el resto de Europa, si no tuviera Europa motivos harto más graves de preocupación.

No falta quien opine ser ocioso todo reparo, atendida la evidencia de la decepción—no hablar de eso se requiere—dicen algunos. Yo no lo entiendo de esa manera. La sociedad intelectual de nuestro país está en entredicho. Continuamente se nos acusa de no saber organizar nuestra historia literaria, ni abordar y resolver nuestros temas, ni alumbrar nuestros archivos, ni explotar científicamente nuestra antigua producción. Jáctanse los extranjeros de tener que poner orden en todas estas cosas publicando revistas y bibliotecas hispánicas destinadas á corregir nuestros extravíos y ligerezas. El caso del Sr. Rivero, por los ca-

racteres que reviste y por la resonancia inmensa que alcanzó, pone á la cultura española en un verdadero compromiso, y este compromiso requiere la prueba inmediata ó el repudio instantáneo y fulminante. ¿Dónde está la traza ó clave para leer lo que el Sr. Rivero ha leído?

Podemos argumentar desde luego sobre el fondo del asunto, y disputar toda realidad á los párrafos autográficos que, á fuerza de trabajo, de paciencia, de talento alucinado, á mi juicio, pero talento al fin, ha creído deletrear el Sr. Rivero en las *Novelas ejemplares*, el *Viaje al Parnaso* y el segundo *Quijote*. ¿Cabe suponer que Cervantes se entretuviera en la pacientísima labor de taracer bajo la forma de anagramas, acrósticos ó fuga de vocales esos supuestos desahogos y confesiones, como quien cifra un despacho de conspirador ó una nota diplomática? Su franqueza, su despejo, toda su psicología de hombre y de escritor, ¿autorizan á creer que se dedicara á semejantes tatuajes literarios, propios de las decadencias ó de los espíritus minúsculos é impotentes para el arte grande y directo? Y, en suma, unas páginas así

compuestas, á base de dificultades é incrustaciones de vocablos y de letras, ¿podrían resultar, por el envés, páginas artísticas y de feliz y elocuente dicción como las suyas?

Además, aun admitiendo que el estropeado de Lepanto apelase á tales procedimientos, hay que suponer que sería con algún objeto: para vindicarse entre sus contemporáneos, para desenmascarar á sus enemigos y entregarlos á la vindicta pública, para transmitir á la posteridad los nombres culpables y la historia de su mala acción. Y siendo así, ¿se comprende que él no tratase de ofrecer á los lectores de su época la clave de esos hermetismos y criptografías; que no se halle en sus coetáneos una sola alusión al doble sentido, ni que no haya quedado acerca del mismo la tradición más leve? Un trabajo tan enojoso y abrumador se hubiera hecho para nada: para estéril recreo del propio Cervantes; además, atormentándose con los garfios y cilicios de Rengifo...

Podría argumentarse así y continuar indefinidamente por el camino de las objeciones. Mas no es á nosotros, no es al

público, no es á los comentaristas á quienes incumbe la prueba. El Sr. Rivero tiene el deber de aprontarla y revelar concretamente, puntualmente, cuál es la "traza" que permite leer así, y no de otra suerte, las "Memorias" que dice haber hallado, y traducir así, y no de otra suerte, los párrafos que ha ido ofreciendo hasta hoy, párrafos sobre cuya sintaxis y correspondencia con la época, por sospechosa que parecieren, no es ocasión de hablar todavía.

D. JOSÉ MARÍA DE ORTEGA MOREJÓN

El Sr. Ortega Morejón es poeta correcto, excelente autor dramático y buen escritor.

A él se le deben varios notables trabajos cervantinos, y como investigador hábil y afortunado tiene en su haber los curiosos datos que halló y ha publicado recientemente sobre la hija de Cervantes.

El Sr. Ortega Morejón es también magistrado, presidente, de la Audiencia provincial de Madrid.

—Aunque la modestia de mi nombre no debía figurar entre los esclarecidos cervantistas á quienes acude usted (1) para que le digan lo que les parece el sistema seguido por el Sr. Rivero para sacar una entraña desconocida del libro más inmortal de Cervantes, no quiero desaprovechar la ocasión de engalanarme con la honra que se sirve ofrecerme y decir cuatro palabras sobre lo que pienso de la labor benedictina del inspirado Colón de un nuevo mundo cervantino... Y no sólo de Cervantes, sino de Góngora, de su hijo, del doctor Mira de Mescua y no recuerdo si de algún otro ingenio de los contemporáneos del glorioso y desgraciadísimo, hasta tres siglos después de muerto, soldado de Lepanto.

(1) *Interview* con D. Manuel Avello, publicada en *El Correo Español* de Madrid el 15 de Agosto de 1916.

—¿...?

—Lo que primero se me ocurre para contestar á su pregunta, es hacer otras. ¿Qué razón tenía Cervantes para encubrir, de la manera que supone el Sr. Rivero, lo que la paciencia de este señor ha entresacado de dedicatorias, párrafos y versos?... ¿Qué hizo primero el autor del *Quijote?* ¿Escribir los maravillosos trozos de su obra inmortal, y los demás que ha encontrado D. Atanasio en las restantes obras, con las mismas lamentaciones encubiertas, ó pergeñar los renglones que, dicho sea con toda clase de salvedades y petición de perdones á los manes del Manco de Lepanto, nada tienen de maravillosos... ni de cervantinos? ¿Se entretenía en formar una clave para ir valiéndose de ella, poniendo *Diego* donde quiso decir *digo*, y desordenando las letras, volverlas á ordenar con ortografía diferente, con errores y anacronismos poco explicables en quien no puede ser culpado de ellos en su labor literaria?...

—¿...?

—Yo, la verdad, no puedo acostumbrarme á ver á Cervantes, que fué no-

ble, bravo, inteligente y franco, empeñado en un rompecabezas alfabético para esconder pensamientos y quejas que, por otra parte, no tenía inconveniente en lanzar á los cuatro vientos, aun siendo tan pueriles como la de no haber encontrado quien le escribiese algún soneto, ó tan claramente enérgicas y aun agresivas como las que parecen dirigidas á Lope, por más que luego le reputase como el poseedor indiscutible del cetro de la dramática castellana.

—Cervantes—continuó diciéndonos el ilustre Ortega Morejón—fué excepcion de la regla general que afirma que los agravios engendran la cólera en los más humildes pechos... Luchó y sufrió mucho para perdonar mucho...; y tengo por cierto que en las propias amarguras de su atormentado hogar, lloraría sus abandonos y sus tristezas; pero no consignaría deshonras de su propia sangre y negativas de una paternidad que reconoció siempre, y mordeduras á los que sabía que eran sus enemigos, escondiendo todas esas congojas en una zarabanda de letras que no parece tan agradable y tan llana á quien tenía que acudir á diferen-

tes y variadísimos trabajos para poder ganar el sustento de cada día.

—¿...?

—En cuanto á dejar Góngora en el incógnito cuanto nos relata el Sr. Rivero ¿por qué lo hizo? ¿Era tan suave y tan mirado, especialmente con el pobre Miguel, que necesitase esconder sus diatribas bajo párrafos elocuentes y melosos?... ¿Era su conciencia la que le obligaba á injuriarse á sí mismo y á descubrir el *complot* que dió por resultado el *Quijote*, de Avellaneda?...

¡Pobre y miserable conciencia la que se descarga de culpas en una charada y deja á la fatigosa é incierta investigación de un nacido el descifrar lo que la perturba, sin tener la nobleza de confesarlo públicamente al sentirse con el noble y cristiano estímulo de hacerlo!

—¿...?

—Sí, señor; yo creo que Cervantes escribió sólo lo que aparece escrito, por las indicaciones que apunto y porque en lo que escribió se transparenta su alma y está en consonancia con las virtudes que la adornaron, y palpita el genio que vence los siglos; mientras que en lo que

entresaca, combina y recompene el castizo escritor Sr. Rivero, no aparece por ninguna parte la personalidad del cautivo de Argel.

—¿...?

—Claro está que la labor del entusiasta lector de Cervantes, motivo de esta conversación, supone una piedra más en el largo camino que se viene recorriendo por muchos cervantófilos para averiguar lo que dijo y lo que dejó de decir, lo que pensó y lo que debió pensar el autor de *Don Quijote de la Mancha;* pero... nada más que eso.

—¿...?

En cuanto á las entretenidas combinaciones alfabéticas que nos ha presentado en sus bien escritos artículos el Sr. Rivera, nada tengo que decir á usted, máxime cuando un amigo mío, sugestionado, sin duda, por aquel maestro y por el aplaudido autor cómico Sr. D. Fiacro Irayzoz, feliz descubridor de una profecía *castelarina* en cierto discurso, respuesta á otra del insigne Manterola, se ha pasado alguna noche de claro en claro estudiando los primeros versículos del Génesis... y ha desentrañado la ho-

rrible herejía, y por eso no ha proseguido su temeraria labor, de que, en donde dice que *En el principio creó Dios los cielos y la tierra*, etc., no dice más que eso en apariencia porque, bien combinadas las letras, estudiando el sentido y teniendo en cuenta los comentarios de que ha sido víctima la Biblia, lo que dicen los primeros renglones del libro santo es que *Nada de lo escrito en esos versículos podrá citarse como testimonio de verdad...* Y la verdad, como con unas mismas letras se dicen las mayores alabanzas y los más grandes agravios, yo, dada mi pequeñez y mi insignificancia, á mis clásicos me atengo, sin retorcer el concepto ni la gramática, ni bucear en las hondonadas de un espíritu que siempre se ha presentado leal, diáfano, cristiano, en una palabra.

D. JULIO CEJADOR

Escritor de neto y recio sabor castellano. las páginas de Cejador tienen el prestigio de esos ricos manjares, con abolengo de siglos, de que se enorgullece la cocina española.

No vamos á enumerar su copiosa obra científica ó puramente literaria; sus grandes estudios filológicos; sus transcendentales trabajos sobre la historia de la literatura y el idioma patrios. Toda persona culta ha leído y admirado á Cejador.

En el caso presente, la opinión del ilustre catedrático de la Universidad Central tiene una autoridad especial, singularísima, sobre todo para juzgar de la propiedad del lenguaje atribuido á Cervantes por el Sr. Rivero en los trozos que ha publicado de lo que llama sus Memorias. *Cejador ha escrito dos obras admirables, cuyos títulos lo dicen todo:* Gramática y Diccionario del Quijote *es el de la una, y* La lengua de Cervantes *el de la otra.*

I

Cosas peregrinas acaecen en este mundo (1). Mientras nuestros eruditos se despestañan y empolvan leyendo viejos legajos para dar con algún documento de compraventa del tío de la abuela de la nieta del hermano de Cervantes, y recibir después el consabido varapalo de algún Unamuno ó "Azorín", porque se entretienen en tan baladíes menesteres, un mozo aventurero recorre "las fragosidades ásperas de la Sierra Madre", húndese "en el inquietante fondo de las barrancas mejicanas", navega "entre las ondas turbias del Cauca", asómase "sobre los abismos del Caracol" y hojea unas Memorias "á la luz fatigada del volcán Izalco". ¡Oh, inescrutables capri-

(1) De *La Tribuna*, de Madrid (17 de Agosto de 1916).

chos de la suerte! ¡De tan luengas tierras nos trae el arriscado viajero nada menos que las *Memorias* de Cervantes!

Alzarán la cabeza de sobre sus legajos los eruditos, desembarazaránse de sus anteojos, enmudecerán los Unamunos y "Azorines". Y nosotros, espectadores de los inescrutables caprichos de la fortuna, nos quedaremos suspensos y sin saber qué cara poner.

Ya algún tanto recobrados, sólo se nos ocurre admirar al nuevo cervantista, que sin dejarse tamaño tesoro en los Estados Unidos, donde á peso de oro se lo hubieran quitado de las manos, vuelve á su Patria, á ofrecérnoslo desinteresadamente á los españoles. La intención de don Atanasio Rivero no puede ser más sana ni más plausible.

El estilo periodístico del reclamo le ha llevado á escribir una porción de largos artículos, en los cuales hace revelaciones extraordinarias; pero hay una que obscurece á las demás. ¿Qué nos importa ni siquiera conocer al autor del falso *Quijote*, cuando tenemos entre las manos nada menos que unas *Memorias* de Cervantes?

D. Atanasio: déjese de más ponderaciones, quite el paño, bájese de la trípode, acabe de alabarse, y vengan las *Memorias*. Pero D. Atanasio no oye lo que le pedimos, y sigue voceando y manoteando, que si Tirso, que si Avellaneda, que si Albión, que si Cervantes. Y esto un día y otro.

Escamándome voy, y me sospecho que lo que menos aprecia don Atanasio son las "Memorias". Como para mí es lo único importante, me agarro á los trozos que de esas "Memorias" nos cita; examínoslos y caigo en la cuenta de por qué no las aprecia don Atanasio. Sencillamente, las "Memorias" debiólas de escribir él mismo en la fuga de sus entusiasmos cervantinos, "á la luz fatigosa del volcán Izalco". Otro día le seguiremos en las revelaciones que le traen más ocupado; hoy bástenos examinar las "Memorias"; mejor dicho, el primer trozo que de ellas nos citó. Para muestra basta un botón.

"Fué de viaje, y hasta ahora no se sabe adónde fuere". Aquí hay una pequeña errata de *r* por *s*, pues, sin duda, Cervantes hubiera escrito "adonde fue-

se". Pero don Atanasio escribió "fuere", por creerlo más cervantino, y si no, véanse las "Memorias", y "fuere" se hallará, si no se halla alguna raspadura. "Fuere", don Atanasio, sólo se dice en castellano como futuro respecto del presente, jamás respecto de un pasado, en el texto respecto del pasado "Fué".

Abra don Atanasio el cortaplumas, porque va á tener que raspar bastante. "Creo que mi indigencia y el haber apurado el ridículo me hacen servir de risa." "Ridículo", empleado como sustantivo, es un galicismo de tomo y lomo en que jamás soñaron los clásicos. Bórrelo, don Atanasio, que si no va á quedar muy malparado Cervantes... el de las "Memorias". Y borre más que de paso lo de "apurar el ridículo", que es una metáfora bastante moderna.

"Desde el mediodía en que hubo salido carezco de todo". Quite, por los genios del volcán Izalco, á cuya fatigada luz se le escurrió la pluma, la preposición "en", que no es cervantina ni clásica, y quite, además, el "hubo", que siempre significa "después que" en tales construcciones; ponga "Desde el me-

dio día que salió". Créame que así lo hubiera escrito Cervantes, y así debe de escribirlo usted, por consiguiente.

"Ya que ningún arranque osa ahora que es en daño de su hija. Esto es un horror". Con su venia, don Atanasio, verdaderamente es un horror poner esa exclamación en unas "Memorias" cervantinas. ¡Qué sabían nuestros benditos clásicos de estas interjecciones tan fieras! Como ni del "osar arranques", ni del adjetivo "horroroso", que después traen las "Memorias": "Son horrorosos los tiempos de mi cautiverio". Lo que sí ha de borrar aprisa y corriendo es el "estuviese" de aquella otra frase: "No me dixo donde estuviese". Esto es, "donde había estado", que así lo hubiera escrito Cervantes. Y aquí, para entre nosotros, sin que don Atanasio nos oiga, es chusco que en todos los trozos de las "Memorias" que nos ha copiado, Cervantes escribía con ortografía moderna, fuera de ese "dixo", con *x*, reconditez ortográfica que está al alcance de cualquier fortuna. ¡Oh, poder vaticinador del genio, que descubre tantos años y siglos antes la ortografía que les había de ocurrir á unos cuantos se-

ñores académicos, tan legos en lingüística como ella es de desatinada!

Pero apriétese el lector las quijadas porque no le oiga don Atanasio, que lo que ahora viene, viene bueno. "En cuanto la halagara se retiró". Quiso decir don Atanasio: "En cuanto la halagó". Sino que don Atanasio, que escribe pasaderamente (no más que pasaderamente), cuando escribe lo que piensa de suyo, al pretender imitar á Cervantes lo echa á perder, barajando tiempos verbales, cuyo uso desconoce, porque en ellos está el toque de la galanía y sutileza del habla castellana. La forma en "ara" le trae tan al retortero, que hasta la pone al copiar el Prólogo de Albión, donde no la hay. Y á fe que los indios americanos saben emplear estos tiempos á maravilla; pero "en el fondo inquietante de las barrancas mejicanas" no tuvo sin duda tiempo ni quietud suficiente para aprenderlos de boca de los indios, que se lo pudieran haber enseñado. ¡Harto que hacer tenía con escribir las "Memorias" de Cervantes con galicismos y solecismos de á cuarta! Como en la otra frase: "Estuve pensando marchar para mi casa". El

"marchar" sólo lo empleaban los clásicos tratándose de soldados en formación ó cosas por el estilo; partirse es como ellos decían y dicen hasta hoy los indios del Cauca. "No hube hacerlo por sus hábitos de ex fraile". Por Dios, don Atanasio, y por los indios chiquitos, esto de dejarse la preposición "de" no lo hicieron jamás nuestros clásicos, ni aun en rápidos apuntes. Que el telégrafo es cosa de ayer. ¡Pues, y lo de "ex fraile!" Raspe, raspe, don Atanasio, tan gordos modernismos.

Y si sólo en el primer párrafo que nos cita hemos cobrado tantos y tan gordos gazapos, ¿qué será en todas las "Memorias? "Pero ya hemos visto que don Atanasio no las tiene en gran aprecio, sin duda por modestia harto loable, ya que son obra suya. Con todo, convendría que esos deslices que se le escaparon "á la luz fatigada del volcán Izalco", se rasparan de las "Memorias". Porque, aunque deslices, no son de los que Cervantes cometió en todos los días de su vida, ni en todos los de la suya suelen cometerlos los mismos indios de las fragosidades ásperas de la Sierra Madre.

Raspe, don Atanasio, raspe, raspe.

II

Los lectores de *El Imparcial* han visto cómo don Atanasio Rivero saca de

EL SABIO ALISOLAN, HISTORIADOR,

el nombre del que cree ser autor de falso *Quijote:*

GABRIEL LEONARDO ALBION Y ARGENSOLA

Para ello no tiene más que desechar las dos letras "sa", de "sabio", y añadir "y Argensola". A todos se nos alcanza algo de la cábala. Sin añadir ni quitar, se saca harto mejor.

D. ATANASIO RIVERO LO HISSO ALLI

Es decir, en América (1).

Como don Atanasio no aceptará la paternidad del falso *Quijote*, yo, en nombre de don Gabriel, hijo de Lupercio Leonardo Argensola, tampoco la acepto, Me asiste el mismo derecho.

Conocemos el estilo y lenguaje de don Gabriel Leonardo Albión, señoril, rotundo y rodado, que nada tiene que ver con el del falso *Quijote*. La historia no nos da ni el menor motivo para sospechar que dicho joven hubiese tenido nada con Cervantes ni que Cervantes temiese de él cosa alguna ni como de enemigo ni como de poderoso. Las canas de Cervantes estaban muy por cima de un jovenzuelo inofensivo.

Pero dejemos esto y prosigamos en la manera cabalística del don Atanasio. El cual toma un párrafo de 300 letras de la "Dedicatoria" que Cervantes puso á sus novelas, y "este párrafo, vuelto del revés, desentraña la traza con que Cervantes lo compuso; "dice así exactamente con las mismas letras".

Quiere decir que con esas 300 le-

(1) De *La Tribuna*, de Madrid (18 Agosto de 1916).

tras, don Atanasio compone otro párrafo donde dice lo que se le antoja. Tamaña habilidad la están ejercitando todos los días los cajistas de imprenta. Deshacen un párrafo de 300 letras y luego con ellas componen otro, y otro, y otros ciento, los que quieren. Con 300 letras hay tela para cuanto se quiere decir. Don Atanasio no ha empleado, sin embargo, las 300 letras en su segundo párrafo, aunque lo diga él. Cuéntelas y sólo hallará empleadas 296.

Además, varias palabras están en cifra, como q por "que".

Don Atanasio añade:

"Dice así exactamente con las mismas letras, dejando á salvo las diferencias ortográficas entre la primera edición y la última que yo poseo, que entorpece obstinadamente mi labor."

"Con las mismas letras", ya he dicho que no. Lo de la ortografía tiene mucha gracia. Con las 300 letras del trozo con la ortografía de la última edición, se compone el trozo que ha querido sea como intentado por Cervantes para encubrir secretos referentes al falso *Quijote*.

Pero es el caso que con la ortografía

con que Cervantes escribió ya no resultan las mismas 300 letras con que don Atanasio compone su párrafo; por consiguiente, con las 300 letras que Cervantes empleó, ese párrafo no puede salir. Luego Cervantes no intentó semejante cábala.

¿Que, sin embargo, con las 300 de Cervantes sale tan guapamente como con las 300 de la edición que tiene D. Atanasio? Prueba manifiesta de que con 300 letras de un párrafo cualquiera puede componerse otro cualquier páráfo, que es lo que todos los días hacen los cajistas, sin que "la labor se les entorpezca obstinadamente". Ya lo ha visto D. Atanasio, con solas las 26 letras de

EL SABIO ALISOLAN, HISTORIADOR

ha compuesto él un nombre para el autor del falso *Quijote*, y yo he compuesto para lo mismo su propio nombre de don Atanasio, con sólo quitar él dos letras y añadir diez y no quitar ni añadir yo ninguna. Y conste que yo no me he quebrado la cabeza, pues ha sido cosa de dos

minutos. Un cajista compone en menos tiempo el párrafo de las 300 letras. Saquemos la consecuencia: un párrafo que da letras para infinitos otros que digan lo que se le antoje componer al cajista, no puede encerrar cabalísticamente nada en concreto. Lo que puede interpretarse de infinitas maneras, no tiene interpretación ninguna definida. Cervantes fué un tonto si pretendió se interpretase su párrafo como lo ha intepretado D. Atanasio. Y de hecho, voy á un cajista y con esas 300 letras me compondrá cuanto se me antoje. Por ejemplo:

"D. Atanasio Rivero se engañará de medio á medio si pretendiere sacar de este mi párrafo de la "Dedicatoria" otra cosa de lo que en él he escrito, etc."

Ó:

"D. Atanasio Rivero es un señor sencillo á carta cabal, que juega con las letras, componiendo con ellas cuanto se le antoja. Cosa tan vieja como la imprenta y como el habla de los hombres, los cuales no hacen otra cosa siempre que hablan, etc."

Ó:

"Las frases que D. Atanasio me cuel-

ga, componiendo lo que le ocurre con las 300 letras: "cuando se marcharon para Italia... sacarme desta situación insostenible", no me pudieron ocurrir á mí, porque son unos galicismos de tomo y lomo. Cervantes, etc."

Pero, según D. Atanasio, los galicismos debían de ser pan de cada día entre los clásicos, pues hace decir á Avellaneda: "Es extraño esto y tan estupendo como la pretensión de Cerbantes, después de tantos años de mutismo, de estimar gente miserable y entremetida y funesta alos q pueden azer un libro titulado como el suyo y q persigue el fin de iniziar una empresa interesante."

D. Atanasio de todos los galicismos, usted se ha empeñado en que olvidemos cuanto sabemos de castellano tan sólo por darle el gustazo de darle crédito en cuanto se le antoje disparatar. "Perseguir el fin" es un horrible galicismo, "iniziar" es un neologismo bobo, "empresa interesante" sólo significaba en tiempo de Avellaneda empresa que rinde interés; lo de "estupendo" es calificativo que menudeamos nosotros, no los antiguos; "mutismo" es otro de tantos "is-

mos" modernos. Cuando haga hablar á Cervantes ó á Avellaneda, procure que lo hagan por lo menos en limpio castellano, y cuando hable usted de por sí, ni más ni menos. Eso de meter en diez líneas, escritas por Avellaneda, cinco gazafatones modernos, de los que no cometieron ni uno todos los autores del siglo XVI y XVII juntos en todos sus libros, es descuido más que de marca y que da lugar á que todo el mundo crea ser su secreto cervantino una burda superchería. Adolfo de Castro no cometió ni una falta de esas al escribir su *Buscapié*, y con todo sabe usted lo malparado que quedó. Adviértoselo para que no quede usted peor que él, que lo sentiría en el alma.

III

Son, sin duda, las más sabrosas revelaciones que nos ha hecho el nuevo cervantista D. Atanasio Rivero (1). Sabíamos de piques literarios; habían llegado á nuestros oídos algunas palabras gruesas entre las pullitas que nuestros escritores clásicos se regalaban mutuamente. Estábamos todos muy impuestos en que no todos ellos fueron tan santos varones como buenos escritores. Nadie daría un dedo por la castidad de Lope, por la mesura de Quevedo, por la humildad de Alarcón, por la candidez de Mateo Alemán. Pero tampoco nos habíamos formado en la fantasía un cuadro tan negro de las perversas cualidades de aquellos respetables autores.

(1) De *La Tribuna*, de Mádrid (19 Agosto 1916).

Ha sido para muchos una verdadera revelación las que de ellos nos ha hecho D. Atanasio Rivero. Diríase que con achaque de *El secreto de Cervantes* pretendió escribir una terrible sátira contra los más excelsos de nuestros escritores. De Lope poco dice, sin duda porque suponía que sabíamos harto. Con todo, de él escribe: "La persecución continuada y tenaz de Lope (contra Cervantes) fué aleve y perversa." Ni fué continuada, sino á ratos, ni de aleve y perversa me atrevería yo á calificarla. De Mateo Alemán escribe: "Preso..., acusado de asesinato y condenado á muerte, de la que fué indultado por la gracia de Felipe II, en cuanto pasó la vista por la causa." Por deudas sí sabíamos que hubiese estado en la cárcel; lo del asesinato y lo de la condena é indulto, cosas son que nos las probará acaso D. Atanasio. Hoy por hoy, no las creemos.

De Mira de Amescua escribe: "El procaz Mirademescua." Sin duda por creerle coautor del falso *Quijote*. Pero conste que hasta ahora no nos ha dado ni tanto así de prueba; que no lo es la prueba cabalística que ha traído. Quédese, pues,

el "procaz" para cuando se lleguen á dar probanzas bastantes.

Al infeliz Alarcón, blanco de las burlas y bromas más ó menos pesadas de sus compañeros de letras, no le deja don Atanasio hueso sano, y yo deseo que algún mejicano salga por él, pues todo se lo merece. "Al corcovado Alarcón le sobraba hiel para amargar cualquier triunfo de Cervantes." "Bufón y privado del conde duque de Olivares..., cruel y vengativo con Cervantes, ingrato y rencoroso con Quevedo en la desgracia."

D. Atanasio no conoce á Tirso ni parece haberle leído, pues es imposible dé acerca de él juicio tan contrario al que todos de él tenemos formado.

D. Atanasio dice de Tirso: "Su literatura fluye, plácida é *insignificante*, de un cerebro *anémico*, que no recibe oleadas de sangre del corazón. El corazón, educado en el *disimulo* de las pasiones, late á compás, *sin inquietudes ni turbulencias*. En su rostro de asceta alumbra *sin resplandores la luz opaca* de los horizontes encalmados..., la *mirada apagada, el rostro exangüe, el corazón hecho razonamientos*. ¡Horror! ¡Esto, Tirso!

D. Atanasio dice de Isabel, la hija de Cervantes: "La *liviana* Isabel no fué hija del grande alcalaíno." "Dejando sola á Isabel, la que aprovechó el tiempo muy gentilmente. Cuando Cervantes salió de la cárcel encontró que Isabel llevaba los vestidos demasiadamente cortos por delante..., entonces comenzaron las impúdicas liviandades de Isabel, y entonces conoció Cervantes que estaba en ridículo." (Si no era su padre, no se ve por qué).

De los Argensolas escribe D. Atanasio: "Lupercio apadrinó, alentó y ayudó en sus principios la obra del hijo único, y Bartolomé, además de ayudarla, defendió el plagio de Gabriel delante de Cervantes, "con grave continente y ademán enfadoso". ¿Por dónde consta todo eso? ¿Hay derecho para colgarles á los Argensolas tan feo sambenito? "Para el bárbaro, para el villano ensañamiento de los Argensolas y de Mira no hay explicación lógica posible." Para lo que no hay explicación lógica posible es para ensañarse en Mira y los Argensolas sin pruebas manifiestas, que no lo serán ciertamente las *Memorias* amañadas. "La

canallesca intención, la miserable conducta, la villana resolución de los Argensolas, que hieren por adular y calumnian por complacer." "Las villanías de Avellaneda, que desde hoy en adelante envilecerán la historia de los *dos famosos* afinadores de sonetos, pulquérrimos, esquemáticos, fríos, ecuánimes, tal vez anémicos, cortesanos siempre, sotiles y almidonados en todos sus conceptos é impecables en la forma..., cuando escribían para la corte, que cuando escribían en familia, bien vimos á Bartolomé, rector de Villahermosa, andar en faldeta en la *Academia de los Ociosos*, y rimar con el trasero, como bellaco". ¡Tente, pluma! Pero veamos qué siente D. Atanasio del propio Cervantes.

D. Atanasio dice de Cervantes: "Murió sintiendo en los huesos el *roedor de la envidia*". Quiere decir que Cervantes fué *envidioso.*

"Después de publicado el *Quijote,* Cervantes admitía de Isabel unas migajas garbeadas *con vituperio.*" Y, como según D. Atanasio, no fué Isabel hija de Cervantes, resulta que Cervantes vivía á costa de..., ni más ni menos que los ru-

fianes que ordeñan su vaca. Que si era hija suya, ya no hay calificativo, por negro que sea, que se le pueda poner.

"Avellaneda despreció... las amenazas de Cervantes." Quiere decir que Cervantes era un matón. "Cervantes le llama siempre en sus *Memorias el miserable Alarcón*, como á su compinche Lope de Vega Carpio le llama *el perverso Lope.*" Quiere decir que Cervantes fué un malhablado, y esto en sus *Memorias* no publicables.

"La dedicatoria de Cervantes á Béjar... no está escrita por Cervantes; está escrita por los cortesanos del duque, que se la impusieron al famoso manco, so pena si no de que no recibirían el *Quijote* en su real acogimiento." Lo cual es tachar de servil á Cervantes.

"Se ha sentado que del estudio del maestro Hoyos salió Cervantes á ser paje del cardenal Aquaviva, y que el cardenal se lo llevó consigo á Italia. No es así." Ahora bien, Cervantes lo afirma en la Galatea. Esto es, pues, sacar por mentiroso á Cervantes.

"Siendo paje de Aquaviva, en Madrid, mató Cervantes al alguacil Sigura de

una gran cuchillada... Aunque el lance fué en defensa propia, el juez condenó á Cervantes á que le cortasen la mano derecha."

"Blanco... se llegó á Cervantes é intentó estrecharle la diestra. Cervantes... le volvió la espalda. Después, por todo comentario, acaba así: *¡Qué gordo está el villano!*" Esto se llama falta de piedad y sobra de crueldad y de encono.

"Envió la carta á Cervantes y éste se la mandó con un reto á Lope." Quiere decir que Cervantes fué retador.

"Su odio (de Cervantes) fué inmenso contra Lope." Esto se llama encono.

"Cervantes, además de ser muy gago, era más que medianamente feo."

"Cervantes ponía mano en la negra con presteza, era valiente, receloso y airado y... excelente y no poco pendenciero."

A la verdad, esta pintura de Cervantes, más que de cervantófilo, pudiera servir para graduar á D. Atanasio de verdadero cervantófobo. No sé haya habido quien haya dicho peores cosas de él.

IV

. . . .

EPILOGO (1)

La escena representa el salón de sesiones de la Real Academia Española, con su larga mesa rodeada de sillones y demás. Un alto rimero de las *Memorias* junto al señor secretario. Es de noche, y sin embargo, no se ve á D. Atanasio.

EL SEÑOR PRESIDENTE

Bueno, pero llevamos media hora fuera de sesión, porque no conste en las *Actas*, y con tanto reir y charlar todavía no hemos redactado la respuesta al señor Rivero.

---

(1) De *La Tribuna* de Madrid (21 Agosto 1916)

EL SEÑOR SECRETARIO

¡Qué respuesta ni qué niño muerto! La callada por respuesta es lo que hay que dar á ese infeliz.

EL SEÑOR COMMELERAN

(En voz baja, al Sr. Alemany, que tiene al lado, señalando de reojo al señor secretario:)

Sí, infeliz, y tiene ingenio para darte cien vueltas á ti y aun á todos nosotros.

EL SEÑOR ALEMANY

(Baja repetida y nerviosamente la cabeza, en señal de asentimiento.)

EL SEÑOR PICON

¿Qué decía usted?

EL SEÑOR COMMELERAN

Que el trabajo del Sr. Rivero no deja de mostrar grandísimo ingenio, y que esta pila de manuscritos le habrá costado no pocos sudores.

EL SEÑOR CARRACIDO

(Al oído al Sr. Rodriguez Marín:)

Este se acuerda de los sudores que le costó sentarse en ese sillón. Y razón le sobra. ¡Cuántos de nosotros estamos aquí tan sólo por el ingenio que mostramos cuando pretendimos entrar en esta casa!

EL SEÑOR COMMELERAN

Además, que la consideración y respeto del Sr. Rivero por la Academia bien merecían alguna benevolencia, hoy que tanto se habla y escribe contra ella, subiéndosenos á las barbas escritorzuelos chirles, filólogos de pega, atrevidos historiadores de la literatura castellana...

(El Sr. Alemany le tira del faldón de la americana, al mismo tiempo que, volviéndose al que tiene al otro lado le dice muy quedo:)

Ya no le faltaba más que decir el nombre de Cejador.

EL SEÑOR COMMELERAN

Fíjense en lo que el Sr. Rivero ha proclamado en *El Imparcial*: "Conside-

ré que este grave negocio requería una sanción oficial definitiva, y existiendo en España una entidad literaria tan gloriosa como la Academia de la Lengua, á ella me someteré y á su laudo me atengo."

EL SEÑOR ECHEGARAY

Y á su *non laudo*, ¿se atendrá? Don Francisco, déjese de abogar por causas perdidas...

EL SEÑOR CAVESTANY

Y por ñoñeces de niños americanos. Que los conozco.

EL SEÑOR SECRETARIO

¡Si es asturiano!

EL SEÑOR CAVESTANY

¡Ah!

EL SEÑOR ECHEGARAY

También dice el Sr. Rivero en *El Imparcial* que "¡Mañana ayunará Gálvez!" Conque ya ve D. Francisco, que él mis-

mo profetiza y prevé lo que va á sacar de la Academia con toda su sumisión.

EL SEÑOR PRESIDENTE

Todo este negocio es de menor cuantía. Entretenimientos veraniegos. ¡Cosas de Gálvez!

EL SEÑOR COMMELERAN

¿Y qué dirán las gentes? Porque si luego resultase que el Sr. Rivero tiene razón, ¡qué bochorno para la Academia! ¿Qué no dirían de nosotros?

EL SEÑOR PRESIDENTE

¡Fogata de virutas! Todo el mundo sabe á qué atenerse respecto de la Academia y respecto del Sr. Rivero.

EL SEÑOR COMMELERAN

Sin embargo, insisto en que no debíamos de tomarlo tan en broma. Muchas de las cosas que dice llevan camino, y la Academia se expone. ¡Es mucho ingenio el de ese hombre! ¡Son muchas las resmas de esos manuscritos!

EL SEÑOR ECHEGARAY

Pues si después de gastar tantas resmas y de derrochar tanto ingenio no ha podido probar más de lo que ha probado su tesis, podemos dar la causa por conclusa. La teoría de las combinaciones nos dice claramente que con las letras del Prólogo de Avellaneda y con las del Prólogo de Albión, hay para escribir miles de *trazas* diferentes de la que ha compuesto con esas letras el Sr. Rivero. Eso lo ha dicho el Sr. Cejador, y eso lo dice la teoría de las combinaciones, ó yo no entiendo papa de matemáticas.

EL SEÑOR COMMELERAN

Pero las "Memorias", ¿quién sabe si son verdaderas?

EL SEÑOR RODRIGUEZ MARIN

¿Pero no las tiene usted ahí, en papel americano, con tinta fresca, pluma de acero y ortografía moderna? ¿A quién le cabe en la cabeza que pudo escribir eso Cervantes?

EL SEÑOR COMMELERAN

Es que eso pudiera ser copia.

EL SEÑOR RODRIGUEZ MARIN

Pues que traiga el original.

EL SEÑOR COMMELERAN

Acaso no pueda traerlo, por no estar en su mano.

EL SEÑOR ECHEGARAY

El original se le quedó al Sr. Rivero dentro de su cabeza, D. Francisco; no es fácil sacárselo, si no se le hace la autopsia.

EL SEÑOR MENENDEZ PIDAL

¡Y tan de su cabeza que son esas "Memorias", si, como dicen, están plagadas de galicismos, modernismos y solecismos!

EL SEÑOR COMMELERAN

Eso está por ver.

EL SEÑOR ALEMANY

Eso lo ha probado terminantemente el Sr. Cejador, que es autoridad en la materia.

EL SEÑOR COMMELERAN

Para usted, que es su amigo, no para mí, ni para el Sr. Rivero, ni... ¿por qué no decirlo?, ni para la Academia, que es la que ordena y manda en estos asuntos. El Sr. Cejador no es académico, y basta.

EL SEÑOR ALEMANY

¿Y por qué no lo es?

EL SEÑOR COMMELERAN

Por algo será.

EL SEÑOR ECHEGARAY

En su vida ha dicho usted una verdad más transcendental y metafísica, D. Francisco.

EL SEÑOR MENENDEZ PIDAL

Dejémonos de personalidades. Estoy tan lejos de pensar que nadie ha de des-

aprobar el que la Academia no dé respuesta alguna á la *Solicitud* retórica y amanerada del Sr. Rivero, que antes afirmo haría el ridículo la Academia si la diese.

EL SEÑOR ALEMANY

Cuidado, D. Ramón, que eso de hacer el ridículo es galicismo.

EL SEÑOR MENENDEZ PIDAL

Estamos en petit comité, y todo pasa. Las *Actas* no han de hablar de nada de esto.

EL SEÑOR PRESIDENTE

¡No faltaba más! ¡Mañana ayunará Gálvez!

EL SEÑOR MENENDEZ PIDAL

Hay más. El solo hecho de haber admitido los periódicos españoles en sus columnas tan burda supercheria es una vergüenza nacional ¿Qué dirán, D. Francisco, los hispanófilos extranjeros de este país, donde los periódicos más se-

rios dan cabida á tales paparruchas? Ese es un país de beocios, dirán con razón, un país de cretinos. Sólo en España pasa eso.

EL SEÑOR COMMELERAN

¿Y usted es asturiano, D. Ramón? Mire que el Sr. Rivero es de su tierra.

EL SEÑOR MENENDEZ PIDAL

Y los filólogos de pega, de la suya, don Francisco.

EL SEÑOR PRESIDENTE

¿Otra vez personalidades? Prosiga, señor Menéndez Pidal.

EL SEÑOR MENÉNDEZ PIDAL

¿Qué más he de decir? Esa cuestión, repito, llevada al público por el señor Rivero y admitida por los periódicos, es una vergüenza para España, una ofensa á nuestra cultura. ¡Ese señor se había figurado que nosotros éramos indios del Cauca! ¿Por quién nos ha tomado?

EL SEÑOR COMMELERÁN

Pues, por lo que somos y sabemos. Obra de trabajo, paciencia é ingenio, ¿adónde la iba á presentar sino en esta casa, donde todo trabajo, toda paciencia, todo ingenio tiene su asiento?

EL SEÑOR RODRÍGUEZ MARÍN

¿Guasitas tenemos, D. Francisco?

EL SEÑOR COMMELERÁN

Nada de guasas: la verdad pura.

EL SEÑOR RODRÍGUEZ MARIN

Don Francisco, se le ha pegado del señor Rivero hasta la frescura en alabarse á sí propio.

EL SEÑOR COMMELERÁN

No necesitaba alabarse el Sr. Rivero; su trabajo, él solo por sí se alaba, no es menester alaballo.

EL SEÑOR PRESIDENTE

Creo que estamos haciendo el oso. Es vergonzoso discutir estas cosas. Tiene razón Ramón: esto no es más que una vergüenza para España.

D. AURELIO BAIG BAÑOS

Sus obras más notables son la Historia del retrato auténtico de Cervantes *y* Quién fué el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, *ambas muy bien documentadas, muy bien escritas y muy celebradas por la crítica y el público inteligente.*

El Sr. Baig Baños es un laborioso periodista y escritor de brío y enjundia.

Tiene un presente espléndido y un porvenir aún más brillante en las letras españolas.

Después de leídos y estudiados los artículos publicados por el Sr. Rivero en *El Imparcial*, mi contestación es una solemne repulsa á lo de "¡Juro decir la verdad!" (1)

—¿...?

—Sí, señor; según se dice, el revelador de *El secreto de Cervantes*, publicó en Abril del presente año, en *La Lucha*, de La Habana, mi país natal, los anteriores ó parecidos artículos, habiendo merecido de la crítica de allende los mares un juicio desfavorable en extremo.

A juzgar por la presentación de don Atanasio Rivero en *El Imparcial*, hecha con gran derroche de letra de molde por Domingo Blanco, cervantista inédito, á pesar de conocer sus clásicos; el asegurar este último escritor que nunca *se tiró*

(1) *Interview* con D. Manuel Avello, publicada en *El Correo Español*, de Madrid, el 17 de Agosto de 1916.

planchas, da margen á la desconfianza, puesto que nadie es infalible, y á conjeturar que el fracaso manifiesto del señor Rivero, juzgando la opinión de D. Francisco A. de Icaza, tuvo un prólogo en la Perla de las Antillas.

—¿...?

—Claro está. De ser verídico tal aserto, estamos en el caso de reprocharle al *descubridor asturiano* su prolongado mutismo en dicho particular, y deducir, por ende, que los *precipitados de aqui*, en disconformidad con sus aseveraciones, no lo eran en el grado que les imputa, toda vez que tenían por base de sustentación hechos comprobados por los *críticos* de Ultramar.

—¿...?

—Sí, señor; al segundo artículo ya sabía uno á qué atenerse. No es de sorprender, por tanto, que, en público, alguien haya rechazado hasta las *Memorias de Cervantes*, con gran *precipitación.*

—¿...?

Con anagramas en la forma externa, como los maneja el Sr. Rivero, no cabe decir más que lo que á cada cual se le antoje. El Sr. Icaza sostiene, y yo man-

tengo, y lo corroborarán todos los escritores conocedores del Siglo de Oro de nuestras letras y de los siglos anteriores y posteriores á aquél, que no ha existido ni puede existir obra antigua ó moderna escrita con doble fondo, como las cajas de sorpresa.

El mismo anagrama, incompleto, de *Cide Hamete Benengeli*, no declara más que el nombre y primer apellido (Miguel de Cerbate) del genio inmortal, quedando sin utilizar una *i*, una *h*, dos *ee* y una *n*.

—¿...?

—Con los acrósticos cabe decir algo más, y hasta el momento actual nadie encontró vidas ajenas en ellos.

El crítico de críticos D. Marcelino Menendez y Pelayo, fustigó y anatematizó el uso de los anagramas, pasados ya de moda, y por incurrir en el propio defecto censurado, yo le he combatido con otro anagrama más completo en mi libro *Quién fué el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda*. El anagrama es para lo que únicamente sirve: para expresar muy limitadamente un nombre ó un apellido. El Sr. Rivero nunca nos convencería de que se puede versificar con la

clave de los anagramas, y menos hacer un soneto en la forma referida.

El procedimiento de los despachos cifrados de los Gobiernos y de la Prensa no obedece á los anagramas, y sí á frases convencionales ó á sílabas ó letras numeradas en parte ó por numerar.

—¿...?

—Cierto; en los tiempos que corren, esto podría efectuarse; puede negarse rotundamente en los de Cervantes. Ahora, ¿quién escribe un libro cifrado? No existe quien lo pretenda.

Tanto á Cervantes como á Avellaneda es posible achacarles intenciones recónditas en sus palabras; pero, aun bien interpretadas, ¿con qué hechos respondemos de la veracidad de nuestras suposiciones?

—¿...?

—El Sr. González Aurioles ha supuesto, en su reciente conferencia cervantina *Cervantes y su viaje á Italia*, que el hijo de Rodrigo de Cervantes huyó, después de herir á un tal Segura, de España á Italia.

No obstante las pruebas en contra aportadas por el Sr. Icaza, es indudable

que Avellaneda motejó á Miguel de Cervantes por su manquedad en el prólogo del *Quijote* tarraconense, y que el aludido refutó con gran entereza de ánimo la terrible indirecta en el prólogo de la segunda parte del *Quijote* auténtico. Esto nos indica que la documentación cervantina, encontrada y por encontrar, es el único apoyo en que pueden afianzarse nuestras conjeturas.

—¿...?

—El Sr. Rivero, en sus artículos, revela que camina á ciegas en tal particular y que se halla falto de la necesaria erudición.

El Sr. Icaza de una y otra cosa bastante le ha probado, para que amarguemos aún más tales deficiencias.

De haber leído el prólogo de mi obra, anteriormente mentada, y la carta del señor Rodríguez Marín, se hubiera percatado de que mi labor, después de combatir á Menéndez y Pelayo, de agotar los medios de persuasión y sentar jurisprudencia de lógica, cimentada en textos y sucedidos, era estéril hasta tanto que una *dichosa casualidad*, ó el perseverante trabajo de algún investigador, saquen

de las tinieblas de tal ó cual polvoriento archivo á la clara luz del día un documento fehaciente que declare, con sencillez y laconismo, cómo se llamaba el autor de ese libro malhadado que desveló á Cervantes y trae sin sueño, tres siglos después de dado á la estanpa, á los cervantistas de ambos mundos.

—¿...?

—En mi opinión, el Sr. Rivero, á falta de documentación cervantina, de erudición y de discernimiento sobre los anagramas, resucitados en el siglo actual por Luis Ricardo Fores con su *Criptografía quijotesca*, debió descartar de la paternidad del *Quijote* suplantador á todos los que rechazó de aquélla D. Marcelino Menéndez y Pelayo en su edición del *Quijote*, de Avellaneda. Mas antes era preferible que hubiera leído varias veces dicha obra y otras tantas las de Cervantes.

—¿...?

—Al haberlas leído con detenimiento, nunca hubiese apadrinado la idea de que el primer volumen fuera el fruto de la minerva de varios escritores.

Primeramente, ufano por el anagrama

de Tirso de Molina, sin cotejar el estilo de uno y otro escritor, se prepara á presentarle sin más circunloquios como candidato, sin reparar, asimismo, que Fray Gabriel Téllez no iba á echarse tierra á los ojos con la declaración de su osadía.

(Esta idea es otro lugar común del señor Rivero; ni era osadía continuar la obra de otro escritor, sino creerse muy superior al perjudicado, ni era cosa impropia, desautorizada y censurada, la continuación de cualquier obra famosa ó bienquista en la opinión, como sucedió con los *Amadises* y *Esplandianes*, con *La Celestina*, con *El pícaro Guzmán de Alfarache*, etc., etc.)

—¿...?

—Pues temo que habrá leído muy poco el Avellaneda para suponerle fácilmente que fuese Tirso de Molina y para, con la misma facilidad, arrojarle por la borda, no sabemos ciertamente si sería por no entrar en litigio con la ilustre cervantista doña Blanca de los Ríos.

Admitir después el Sr. Rivero repartida la paternidad famosa entre varios escritores de opuesta tendencia y de estilos opuestos, nos confirma más en el

parecer de que no leyó bien la obra en cuestión. Un joven como el hijo de Lupercio Argensola no podía estar bien impuesto de la literatura caballeresca, ni de las costumbres cortesanas españolas ni de las Humanidades. Además, los párrafos descifrados del *Quijote*, de Avellaneda, están en pugna y abierta rebelión con la sinceridad y claridad, aunque sean agresivas, con que habla en su prólogo y en el contexto de la obra.

Sobre el arcediano de Guadix, Mira de Mescua, proyecto realizar en breve un trabajo de comparación para demostrar que no tenía talla *avellanedesca*, ni la gracia de éste, más ó menos escatológica, ni la agresividad, ni el orden con que en las cláusulas encerraba sus pensamientos.

Con estos dos individuos ha perseguido el Sr. Rivero el éxito periodístico, por no decir el editorial, puesto que ambos por nadie fueron señalados como engendradores de la obra repudiada por chicos y grandes.

—¿...?

—Don Atanasio, enamorado de cier-

tos simbolismos—terminó diciéndonos el Sr. Baig Baños—aunque de ellos no haga mención, ha abierto la novela inmortal y se ha juzgado el propio Cervantes, transmitiendo á ésta su espíritu, que no es el cervantino, por no haberse asimilado al retoricismo del hijo de Alcalá de Henares.

D. JULIO PUYOL

El Sr. Puyol es académico de la Historia, adonde le llevaron sus altos méritos, principalmente demostrados en sus estudios sobre los fueros de las ciudades y villas de España.

Como cervantista es autor de varios notables trabajos acerca del autor del Quijote *y su retrato.*

Nuestros clásicos le son familiares, y es escritor culto, fácil, elegante y ameno. Uno de los libros donde culminan espléndidamente estas cualidades, es el titulado «Aventuras de D. Tiburcio de Redín, soldado y capuchino.» Todo el sabor é interés de una vida y una época ha sabido el Sr. Puyol aguda y certeramente reflejarlos en la historia tumultuosa de aquel español representativo.

Limito mis apreciaciones á lo referente al autor del *Quijote*, de Avellaneda, único punto que, hasta ahora, ha examinado el articulista de un modo que pudiéramos llamar completo, y prescindo, por tanto, del *secreto* de Cervantes que, según el Sr. Rivero, se encierra en las *Memorias* de que nos habla, en vista de que no ha hecho más que enunciar el descubrimiento de ellas, creyendo conveniente reservarlo para otra ocasión (1).

La circunstancia de que Cervantes escribiese que el que compuso la segunda parte de *Don Quijote* ENCUBRIÓ su nombre y su patria, ha sido la causa de que algunos críticos, interpretando estas palabras en el sentido de que lo que se quiso significar con ellas es que los nombres del autor y de su pueblo natal hállanse encubiertos en determinado lugar ó pasaje

(1) De *El Correo Español*, de Madrid (20 Agosto 1916).

de la obra, hayan torturado su cerebro, formando mil combinaciones con las letras de tales ó cuales líneas, y creído leer en ellas, ya el nombre de Fray Luis de Aliaga, como Pellicer, ya el de Alfonso Lamberto, como Menéndez y Pelayo, ya el de Tirso de Molina, como el mismo Sr. Rivero antes de topar con el de Albión y Argensola. Lo primero, sin embargo, que es preciso para fundar en esto una afirmación que no sea gratuita, es saber de modo positivo si Miguel de Cervantes, cuando empleó el verbo *encubrir*, pretendió dar á entender que el nombre y la patria del autor se hallaban en el texto en forma de anagrama, ó expresar solamente, como parece lo más verosímil, que el que compuso la famosa segunda parte ni quiso revelar su verdadero nombre, al adoptar el de Alonso Fernández de Avellaneda, ni descubrir su patria, al decir que era natural de Tordesillas; y, por consiguiente, mientras esta duda subsista y no pueda resolverse con testimonios irrefragables en favor de la primera hipótesis, la existencia del anagrama no dejará de ser una mera conjetura, de la que no es lícito

deducir ninguna conclusión definitiva. No obstante, el Sr. Rivero, dándola por inconcusa, se decide á buscar el texto anagramático, y se fija en las palabras de *Avellaneda*, "*El sabio Alisolán, Historiador...*", tan resobadas por sus antecesores, y en las que, como éstos, encuentra también un nombre de su gusto: "Desprecié—dice en el tercero de sus artículos—la *s* de *sabio;* púsele delante al *abio* el *Al*, de *Alisolán*, y detrás la *n*, con lo que quedaron así las tres primeras palabras:

...el ...ardo Albión i... sola,

ó sea:

Gabriel Leonardo Albión y Argensola",

el cual, juntamente con el doctor Mira de Amescua, fué el autor del falso *Quijote*, en opinión del Sr. Rivero, si bien la idea inspiradora partió de Lope de Vega y de los pájaros gordos de la secretaría del conde de Lemos, que figuraban en la *Academia de los Ociosos*.

Para complemento y apoyo de estas aseveraciones, establece el Sr. Rivero estas otras:

1.ª Que la primera parte del *Quijote*, total ó parcialmente (pues este particular no lo ha declarado aún el articulista), está escrita con *traza*, es decir, en forma anagramática; que en ella había ofendido á Lope de Vega, á los Argensolas y á algún otro escritor, y que la *traza* mencionada, que sólo confió Cervantes al conde de Lemos, fué por éste descubierta *con inconcebible indiscreción* á los citados escritores.

2.ª Que la segunda parte de *Avellaneda* fué escrita para tomar venganza de Cervantes y también valiéndose sus autores de una *traza* idéntica á la empleada por aquél.

3.ª Que esta segunda parte se redactó en Nápoles en la *Academia de los Ociosos*, por los secretarios del conde de Lemos.

Las pruebas de estos asertos y de otros muchos las ha hallado el Sr. Rivero en los anagramas que, á su juicio, permanecieron ocultos hasta ahora en el *Quijote*, de Cervantes, en el de *Avellaneda*, en las *Rimas*, de Albión y Argensola, en las *Novelas ejemplares*, en el *Viaje del Parnaso*, en la dedicatoria de las *Comedias y*

entremeses, en el *Persiles* y no sé si en algún libro más.

Ahora bien, el procedimiento del señor Rivero, que no ha podido menos de recordarme el que aconsejaba Voltaire para buscar las etimologías, no puede, en mi opinión, ser utilizado para las investigaciones histórico-literarias. El señor Rivero, no sólo prescinde, como se ha visto, de las letras que sobran, sino también de las que faltan, y por eso en los párrafos por él descifrados aparecen vocablos como *adulale* (adularle), *escaa* (escasa), *caballeos* (caballeros), *aplaudese* (aplaudiese), etc., etc. Además, llaman poderosamente la atención en los citados párrafos multitud de frases y palabras que jamás usaron ni Cervantes ni sus contemporáneos, ya porque no habían entrado aún en el léxico castellano, ya porque no tenían la significación que tienen en estos textos. ¿Cómo, en efecto, había de emplear Cervantes frases como "el libro que acabo de publicar", "no desespero de ver el libro en la calle", "situación sólo por ellos creada", "situación insostenible", "me horroriza creer", "las gestiones que hacen", y otras varias

por el estilo que pudieran citarse? Y no sorprende menos advertir en los contemporáneos de Cervantes expresiones como "encanallado" y "arcas nacionales", así como la extraña manera que tenía de adjetivar alguno de ellos cuando escribía "horroroso y triste envenenamiento", "horroroso secretario", "mi amigo espantoso Mira de Amescua", "el espantoso asesino de Ezpeleta", "horroroso fierro", "horroroso alguacil", etcétera.

Pero, en fin, aun dando por indudable (y no es poco conceder) que todas las obras de que se ha hecho mención están escritas en forma anagramática, lo primero que á cualquier lector se le ocurre preguntar, ya que se trata de extensísimos y múltiples pasajes, es cómo ha llegado el Sr. Rivero á descifrar tan numerosos anagramas, es decir, si ha descubierto alguna cifra ó *clave sistemática*, y si esta clave consiste, por ejemplo, en leer las palabras al revés, ó en separar determinadas letras de ciertas palabras, ó en escoger las de ciertos renglones, ó en juntar las letras ó sílabas de algunos vocablos, ó en dar á las letras repre-

sentación alfabética distinta, ó en otro sistema anagramático ó críptográfico fundado en reglas convenidas.

Pero, hasta la hora presente, sería inutil hacer tales preguntas, porque el señor Rivero ha guardado silencio acerca de este extremo, que estimo esencial, hasta el punto de creer que si el autor, una vez decidido á revelarnos el secreto, hubiera comenzado por ahí, nos hubiera convencido sin más molestia para él que la que supone media cuartilla de escritura. Presumo, sin embargo, que el señor Rivero no ha encontrado ninguna de estas claves, y que el procedimiento de que se vale no es otro que el de descomponer las letras del texto y volver á juntarlas, de modo que digan cosa diferente de la que antes decían. Si es así, ¿dónde está la demostración de la existencia del anagrama? Y aun en el caso de que el Sr. Rivero tenga la evidencia de que existe, ¿cómo ha llegado á adquirir la certeza de que las combinaciones que ha formado son esas, y no otras, puesto que con un poco, ó, hablando más propiamente, con un mucho de paciencia, sería posible disponer las mismas letras

de modo que resultase un texto completamente distinto?

Las *trazas* defendidas por el Sr. Rivero suponen en Cervantes y en los demás escritores que las empleaban un trabajo ingente, casi inconcebible, porque no se refieren á unas cuantas líneas, sino á cientos y cientos de páginas, que tardaron muchos años en escribirse. Un teósofo se preguntaría, sin duda, cuál era el *Karma* tremendo de aquellos hombres para estar sometidos á una tortura tan cruel, tan inaudita y tan imbécil; pero cualquier mortal, aunque no sea teósofo, se preguntará también cómo se explica que la *traza* (si es la descubierta por el Sr. Rivero), que debió de ser lo primero que redactaban, sin tener que sujetarse á ninguna traba ni cortapisa, les saliese de una prosa tan detestable, con una prosodia tan extraña, con una ortografía tan desusada y con un verbo tan absurdo que, á veces, diríase que ni aquello está en castellano ni escrito por autores que se hallasen en sus cinco sentidos; y, en cambio, que la segunda redacción, hecha ya con la angustia de tener que expresar el pensamiento con un número fijo de

caracteres alfabéticos y sin salirse de ciertos límites de extensión, resultase en estilo llano y corriente y en ocasiones tan flúido y tan vestido de espléndido ropaje literario, como el de las páginas del *Quijote*.

De todo esto deduzco las siguientes conclusiones:

1.ª Que el procedimiento utilizado por el Sr. Rivero es inadmisible, mientras no demuestre de un modo que no deje lugar á duda, la existencia de la *traza* en las obras de Cervantes y en las de los otros autores, y el sistema de que se ha valido para descifrarla.

2.ª Que el pleito referente al autor de la segunda parte de *Don Quijote* encuéntrase en el mismo estado que el día antes de aparecer los artículos del señor Rivero, sin otra diferencia que la de haberse aportado una nueva conjetura respecto de dicho autor, lanzando el nombre de Gabriel Leonardo Albión y Argensola, conjetura que no es más verosímil, pero que tampoco lo es menos que las referentes á Aliaga, á Alfonso Lamberto, etcétera.

Cuanto precede no quiere decir, en

modo alguno, que yo no reconozca en el Sr. Rivero un mérito excepcional, cual es el de haberse consagrado, con la fe y con el entusiasmo que revela en sus escritos, á la investigación de uno de los extremos más interesantes de nuestra historia literaria. Aunque estuviese equivocado, sería siempre merecedor de todo respeto y de toda alabanza, ya que de la gloria de las grandes empresas se participa con intentarlas siquiera.

D. AGUSTÍN GONZÁLEZ DE AMEZUA

Es autor de un primoroso estudio sobre La batalla de Lucena y el verdadero retrato de Boabdil.

Es también autor de una edición crítica y bien comentada de El casamiento engañoso *y el* Coloquio de los perros.

La Academia Española, por unanimidad, premió esta obra con medalla de oro y, desde su publicación, ocupa el Sr. Amézua, calificado lugar entre los más distinguidos cervantistas.

Tres puntos pueden distingirse en los artículos del Sr. Rivero (1): el intento erudito é investigatorio, el enigma del *Avellaneda* y las llamadas *Memorias de Cervantes.* En el primero no regatearé las alabanzas: digno es el Sr. Rivero de toda loa y aplauso. Llevar a la plaza del mundo casos y cosas que juzgábanse antes exclusivas de los cenáculos literarios: encariñar al vulgo con nuestras glorias nacionales, dárselas á conocer para que las amen é incorporen á su espíritu, comunicándole aquel nuevo vigor y pulso que tanto necesita, es labor meritoria y patriótica, crea nuevos valores sociales y muestra a la parte sana de España que hay algo más digno de su devoción y entusiasmo que el flamenquismo triunfante ó la torería al uso. Hasta

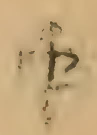
---

(1) De *El Correo Español* de Madrid, (25 de Agosto de 1916).

aquí, repito, todo aplauso para el señor Rivero me parece poco.

Segundo punto.—*El enigma del Avellaneda.*—No hay, á la verdad, otro ninguno en toda nuestra historia literaria, que encierre tanto y tan penetrante misterio, ni que invite con mayor fascinación y encanto á su estudio y averiguación. Pero para lograrlo hay que abandonar primeramente y en absoluto, por viejos, manidos y desacreditados, todos los procedimientos anagramáticos. El hecho mismo de que de nueve ó diez palabras hayan salido cuatro nombres distintos: *Aliaga*, *Lamberto*, *Tirso* y *Albión*, prueba por sí solo que es engañoso y falso. Podría aplicársele el famoso entinema de Bossuet: "Tú varías; luego no eres la verdad." ¿Cómo fiarse de él, si utilizándolo rectamente conduce á resultados tan contradictorios? La crítica moderna no autoriza hoy otros medios legítimos y eficaces para la averiguación de las paternidades literarias, obscuras ó controvertidas, que estos dos: ó el puramente personal é *impresionista*, que permite á un crítico, maestro y autoridad en la materia, familiarizado con los es-

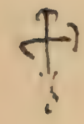
critores, costumbres, historia y época en que aparece la obra, decir lisa, llana y valientemente *es de Fulano*, sin más prueba, por pura impresión personal y de conjunto, por emanación de su estilo, por *aquel no sé qué* vago, inconfundible, sutil y privativo, que todo autor, por insignificante que sea, lleva dentro, y que únicamente un ojo experto averigua en los cuadros dudosos, á golpe de vista, sin necesidad de firma, ó un olfato literario avezado percibe en una obra, ó el método documental y escrito.

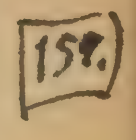


El primero, tratándose de Avellaneda, es dificultosísimo, porque cabalmente la época en que vivió, es la más copiosa y prolífica en escritores de toda laya, buenos y malos, conocidos ó ignorados, y ¡vaya usted á buscar entre muchedumbre de ellos, con una cultura común, con asiduo y familiar manejo de los Libros de Caballerías, con sentimientos, preocupaciones y prácticas gemelos á los que constituyen la personalidad de Avellaneda, al verdadero padre de tan ruin criatura!

La misma mediocridad de la obra, la vulgaridad de su ideal literario, si cabe

la paradoja, hacen todavía más difícil la busca, porque sacándola de la grey de los grandes ingenios, la entrega á la turbamulta vil de los poetastros, noveladores y copleros. La chocarrería, el chiste grosero y brutal, el prosaismo soez que respira el falso *Quijote,* aquel apego que muestra á las más bajas realidades de la vida animal, eran rasgos y condiciones (entiéndase bien, no los únicos), pero rasgos al fin, del carácter español del bajo pueblo en aquel siglo XVII, á quien tantas, tan vivas y palpables diferencias separan del anterior, aunque para muchos sea al parecer el mismo. Acaso esta misma diversidad de linaje espiritual y orientación estética (aparte otras muy humanas causas de todos conocidas) llevase á Cervantes á condenar despreciativamente á su émulo por *necio, torpe, puerco, disparatado, obsceno é ignorante,* lindezas con que le obsequió al ocuparse de él.





Reconozcamos también que tampoco Cervantes se quedó manco en la defensa. Aparte estos arañazos, comunes en el *genus irrirabile vatum,* Cervantes pertenece por entero, en la historia, en tem-



peramento y cultura, al siglo XVI. No hay, por el contrario, representante más genuino y encarnado del XVII, que Quevedo.

El *Quijote* de Avellaneda es también puro siglo XVII, si se permite el neologismo; pero un Quevedo bajuno, plebeyo, burdelesco, en que se destaca la carroña de sus pícaros, el hambre atrasada y vil de sus mendigos, pero no la luz genial que brillaba en los escritos del portentoso caballero de la Torre de Juan Abad, que era—nadie se escandalice—*mucho más español que Cervantes.*



Quedaba, pues, el segundo procedimiento: el documental, incontrovertible y práctico. Hace años, hablando precisamente de este enigma con mi insigne maestro Rodríguez Marín, le proponía el medio, de él sobradamente conocido y practicado en sus felices exploraciones de los archivos sevillanos. ¿Por qué no acudir á la investigación de los protocolos notariales de Tarragona, donde se imprimió el falso *Quijote*, en la esperanza de que el astuto Avellaneda hubiera dejado rastro de su verdadera personalidad en alguna de las muchas es-



crituras que tan frecuentemente concertaban entonces autores y libreros para la impresión de una obra? ¿No se había despojado de este modo á la buena doña Oliva Sabuco de Nantes de la celebridad que disfrutaba con la publicación de la *Nueva Filosofía Racional*, que por el hallazgo de ciertos documentos aparece ser obra indubitada de su padre? ¿No había logrado el benemérito Pérez Pastor triunfos mil, parecidos, usando de este método? ¿Por qué no servirse de él para arrancar su secular careta al licenciado Avellaneda?

A Rodríguez Marín, por mis noticias, no le han dejado sus quehaceres vagar bastante para poner en práctica esta idea mía, que aprobó en absotuto. No sé si alguien más la ha intentado también; por si no, ahí va, en la esperanza de que algún cervantista de los buenos la recoja y ponga en práctica, que á buen seguro empleará mejor sus ojos y su tiempo que empeñándose en descifrar enrevesadas y costosas criptografías. Para mí es el único medio que pueda zanjar definitivamente la cuestión y despejarnos el enigma. Todo lo demás es andar, como

suele decirse, por las ramas, caminar á ciegas, emborronando libros y libros con conjcturas atrevidas y suposiciones gratuitas, menguados y débiles intentos para hacer luz donde todo es obscuridad y tinieblas.



Las conclusiones del Sr. Rivero sobre los encubiertos autores del falso *Quijote*, es lo menos endeble de sus artículos. Con todo eso ofrece muchísimos puntos vulnerables. Ante todo hay que despojar del sambenito á Mira de Amescua, cuyo vivo ingenio, originalidad de invención y poderosa fantasía creadora (cualidades que sus críticos unánimemente le reconocen) no se compadecen con las chocarrerías truhanescas, pobre y fatigosa traza del *Avellaneda*.

Descartado el Arcediano de Guadix, nada se opone realmente á que Gabriel Leonardo de Albión sea el autor del falso *Quijote*. Pero del dicho al hecho hay gran distancia y el salvarla ¡ay! es muy difícil. Fuera del prólogo á las *Rimas*, de su padre, pergeñado en 1634, cuyo esti-

lo, por cierto, crespo y obscuro, difiere y no poco con el llano y transparente de Avellaneda, no se le conoce ningún otro escrito; ni siquiera unos malos versos laudatorios en los preliminares de cualquier libraco, que tanto se prodigaban á la sazón. El mismo Nicolás Antonio, con sacar de la obscuridad balumba de escritores, ni siquiera le cita.



¿Es presumible que este *Quijote*, que denota alguna experiencia en el arte de novelar y cierta habilidad y soltura en el modo de llevar la acción y conducir los personajes, fuera su único libro? ¿Hubiera dejado el hijo de Lupercio, gustadas las mieles de la celebridad de sus deudos, como novel y primerizo autor y escudado en su *privilegio*, de ufanarse con su obra una vez muerto Cervantes? Y aún en vida de Cervantes, ¿qué mal podía temer en aquel estropeado hidalgo á quien hasta la humilde y cotidiana pitanza bajaba milagrosamente, si no en el pico del cuervo, por lo menos de las manos liberales de sus protectores Sandoval y Lemos? ¿Qué comedias escribió, por otra parte, antes de 1605, para sentirse ofendido por aquél?

Además, si Mira y Albión estaban en Nápoles, como el Sr. Rivero presume, cuando se escribió el falso *Quijote*, y en Nápoles se imprimían y daban á la estampa numerosos libros castellanos (sirva de ejemplo el *Laberinto de Corte*, de Brancalasso, Nápoles 1609), ¿á qué acudir al forzado recurso de hacer enviar las cuartillas á Tarragona (?) cosa insólita y desusada por entonces, para que se imprimiera en esta ciudad, que no era tampoco puerto ordinario de embarque ni obligado arribo de las galeras de Italia, al igual de Cartagena ó Barcelona, y adonde hubiera sido más natural el dirigirlas? ¿No es torturar demasiado las cosas como único medio para sacar adelante la conjetura que concibió nuestra imaginación, prohijó nuestra vanidad y dió calor nuestro tantas veces engañoso y engañado amor propio? Misterio es este que parece condenado á no aclararse nunca y servir de constante é inquieta tentación á los investigadores y literatos.





Tal vez la casualidad lo descubra algún día, pero téngase por seguro que la clave no la dará ninguna traza ó conje-



tura, sino la voz de ultratumba de algún apolillado documento, ante cuya viva realidad enmudezcan las fantasías, callen las charadas y huyan los anagramas y logogrifos.



¿Mi opinión sobre las *Memorias?* Rotunda y sin vacilaciones: que ni éstas existen ni han existido jamás, sino en la fantasía tropical del Sr. Rivero. Suponer que Cervantes escribió sus obras admirables, donde la naturalidad, lozanía y llaneza triunfan sin tasa, para convertirlas en ruines, miserables y vulgarísimos desahogos de un pecho avinagrado y maldiciente, sería empequeñecer tanto su figura, achicar de tal modo aquel su carácter moral, que tanto brilló en vida, que habría entonces que buscar y perseguir, no ya al falso Avellaneda, sino al verdadero Cervantes, al que compuso el *Quijote* que conocemos. Una muralla infranqueble separaría á los ojos de las personas de buen gusto y sensato criterio al Miguel de Cervantes Saavedra, descubierto y presentado por el

Sr. Rivero, de sus obras inmortales.

No insistiré en ello; sobrada cuenta han dado hasta ahora de esta nueva fantasía esotérica cervantina mis ilustres predecesores, en estas columnas. El saladísimo hallazgo de la chusca Academia de los Ociosos, de Morón (1), prueba á qué ridículas conclusiones nos llevaría el descubrimiento del Sr. Rivero, cervantista rezagado de los tiempos de Benjumea y Ortega y Maínez, en los que se estudiaba á Cervantes y á su *Quijote*, como nacidos por generación espontánea en medio de un inmenso desierto, solos, sin contacto, relación ni hermandad con los literatos de su siglo. Como ellos, el señor Rivero ha padecido de esa ilusión óptica que nos hace ver mil fantasías, colores y visiones, cuando los ojos se posan prolongadamente sobre un mismo objeto aislado de todos. No; el cervantismo no puede llevarse por esos derroteros; el cervantismo *fetichista* ha pasado á la historia. Cervantes ni fué un dios ni fué un "Desterrado", sino un escritor pobre á quien la fortuna hizo pagar con creces

---

(1) Véase el capítulo titulado *La nota cómica*.

de amarguras y desdichas el don divino del genio con que regaló su espíritu. El *Quijote* no es ni puede ser un libro esotérico, hermético, que cayó de los cielos ó que se descubrió entre los plomos soterrados de un nuevo Sacro-Monte. Lejos de eso, es obra eminentemente clara, llana y diáfana, que nació de aquellas tres condiciones que, según el mismo Cervantes, hacen á los hombres sabios: *letras*, *edad* y *camino*. Por eso no podrá estudiarse nunca con acierto, si se le mira con un exclusivo criterio subjetivo y á través tan sólo de su lectura, sino en relación íntima y armónica con los escritores y edad en que se compuso, ingrata labor por algunos intentada, pero no de todos agradecida. Por no hacerlo así, por reducirse á llevar sólo en su hatillo (él mismo lo confiesa) el libro inmortal, ha incurrido el Sr. Rivero en tantos y tan lastimosos errores, de bulto casi todos, anacronismos y caídas increíbles, notados, unos por doña Blanca de los Ríos é Icaza y Cejador, y pendientes otros de residencia, que á la vista están, aunque el detenerse en ellos haría este rabajo interminable. Y nada digo tam-



poco de la fidelidad de los pretendidos textos de las *Memorias* que el Sr. Rivero descifra con penosa labor.

Peor es meneallo, pues ante la crítica filológica más somera no quedaría piedra sobre piedra del aparatoso y coruscante edificio levantado por el Sr. Rivero.

Créame usted: para juzgar y entender el *Quijote*, no hay guía mejor, ni más segura, ni que mejor nos libre de desbarros, que las palabras que el mismo Cervantes estampó en otra de sus obras:

> Yo he dado en el *Quijote* PASATIEMPO
> al pecho melancólico y mohíno,
> en cualquiera sazón, en todo tiempo.

Pasatiempo, sí, dulcísimo, espiritual, confortador y sano; no obscuras criptografías, enrevesados anagramas, charadas enigmáticas ni claves misteriosas, pobrísimo y ruín paradero adonde nos llevarían, haciendo un flaquísimo servicio á Cervantes y á las letras españolas, las estupendas, novísimas y maravillosas afirmaciones del Sr. Rivero..., improbadas, por fortuna.

Pero que, sin embargo, reclaman para

su autor, no ceñudo desvío ni trato desdeñoso, como por algunos se hace, sino hidalgo y gentil acogimiento de literaria hermandad, que hermano es nuestro, no sólo en la raza y en la lengua, que con tanto donaire y desenfadada soltura maneja, sino en el culto y devoción á aquel *famoso todo y regocijo de las Musas*, que hizo acaso tanto por la independencia espiritual de España, y por su señorío como las legiones de sus soldados, cuando engrandecían y afirmaban su nombre—el nuestro—por la haz de la tierra, en épocas, ¡ay!, lejanas, demasiado lejanas...

D.ª BLANCA DE LOS RÍOS

El nombre esclarecido de D.ª Blanca de los Ríos es familiar para todos los amantes de la buena literatura española. Ahí están entre otros sabrosos frutos de su ingenio, su obra poética y sus novelas Rondeña *y* La Hija de Sanabria.

D.ª Blanca de los Ríos ha estudiado concienzudamente todo el siglo de oro de nuestra literatura y á ella se le debe la divulgación de la vida y obras de Tirso de Molina, á quien ha dedicado muchas páginas admirables. En este mismo trabajo, con que deleitará al lector, la insigne escritora descubre un curioso documento que añade nueva luz sobre la figura del gran dramaturgo.

El director de *El Imparcial* me honra solicitando mi opinión acerca de "El secreto de Cervantes" (1), y no pudiendo negarme á tal requerimiento ni al del propio sentir que ya me impulsaba á tomar la pluma en servicio de los mismos ideales á que consagré muchos años de mi vida, quisiera saber hablar brevemente de la abundancia del corazón.

Debo, ante todo, mi cordial aplauso á *El Imparcial*, á su director, que gallardamente ofrece tribuna tan prestigiosa á un debate de historia y de crítica literarias, como quien sabe hasta dónde es la literatura, más que la política, representación y semblante espiritual de la patria.

De un trago apuré—no habiendo podido leerlos uno á uno—los sensacionales artículos de D. Atanasio Rivero, es-

(1) De *El Imparcial* de Madrid (25 de Agosto de 1916).



critor de tan valientes bríos para la paladinesca y centelleante crónica periodística, que á él y al benemérito D. Domingo Blanco débese el prodigio de dinámica espiritual que presenciamos: ellos solos, con unos puñados de letras de molde agrupados con la febril premura que agita las letras del periódico llevadas por el vértigo de actualidad que nos arrebata, han conseguido en días, casi en horas, más que la legión de eruditos que alcanzó á reunir un verdadero cartulario cervantino, gracias al cual aparece—sin ayuda de sabios extranjeros por esta vez—reconstituída, casi día por día, la vida del autor del *Quijote*. Don Domingo Blanco y D. Atanasio Rivero han logrado más que Asensio y Pérez Pastor, y Alonso Cortés, y Rodríguez Jurado, y Rodríguez Marín documentando la vida de Cervantes; más que el mismo Rodríguez Marín resucitando á la Sevilla de *Rinconete y Cortadillo* y de *El celoso extremeño*; más que Ríus acopiando la enorme bibliografía cervantina; más que Icaza realizando la crítica definitiva de las *Novelas Ejemplares*: más que Menéndez y Pelayo exponiendo en páginas eternas

la "Cultura literaria de Miguel de Cervantes y la elaboración del *Quijote*", porque—importa decirlo—de todo ese esplendor de verdad, ni centella transcendía á la gran masa de nuestro público, y hemos de reconocer—agradeciéndolo sin reservas—que esos dos belicosos agitadores de la opinión han operado el prodigio de mover las muertas aguas de la curiosidad española, no en torno á chismerías políticas, ni á truculentas películas policiacas, ni á *fenómenos* taurinos, ni á crímenes pasionales, sino—¡quién lo diría!—á cuestiones de crítica literaria y de á tres siglos fecha: ¡increíble!

Pero el milagro está hecho, su acción persiste, la opinión rebulle y se acumula; la opinión es una magna fuerza espiritual, antes ignorada como las grandes energías físicas que han transformado el mundo, y, como ellas, bien dirigida y empleada será cultura y progreso, y dispersa ó mal regida, se perderá ó producirá el cataclismo.

Hay que aprovechar la fuerza atraída y acumulada por el Sr. Rivero; mas urge encauzarla, y veo que así lo entienden y



practican los maestros literarios: yo que no soy sino discípula perpétua, intervengo hoy en el empeñado debate movida por un impulso patriótico, porque entiendo que, tanto como en la bandera y en el terruño, reside la nacionalidad sagrada é intangible en la herencia literaria, y que la nuestra—¡tan gloriosa!—pervive en el teatro del siglo de oro tanto como en el Romancero, en la Mística y en el *Quijote*; juzgo, pues, deber de españolismo el volver por los fueros de los creadores del teatro nacional, involuntariamente, es cierto; pero pública é irreverentemente afrentados en los artículos del Sr. Rivero.

Así, reconociendo toda la buena fe y el fervor cervantino que el Sr. Rivero puso en la semiandantesca empresa de vengar á Cervantes de envidiosos y plagiarios, que él, poseído de la que bien puede llamarse—por lo frecuente y caracterizada — "alucinación cervantina", veía emboscados en la selva de letras del falso *Quijote*, y cuyos nombres se le transparecían con clara nitidez bajo la fluente y límpida prosa del *Quijote* legítimo, por alto respeto á la opinión y á

nuestra gloriosa herencia literaria, debo decir que el doble objeto que D. Atanasio creyó haber conseguido: *sorprender el secrcto de Cervantes y resucitar el Siglo de oro*, no se ha logrado porque su logro era imposible, porque "no hay tal secreto de Cervantes", ya que no es posible aceptar la suposición de que Cervantes escribiera con *traza*, en forma anagramática, la segunda parte del *Quijote*, el *Viaje del Parnaso*, las *Novelas ejemplares* y las *Comedias* (artículo IV del Sr. Rivero), lo cual supondría labor tan abrumadora y continuada como absurda y propia de un loco, y todo ello para remitir embotellado á la posteridad el secreto de unos agravios que, á ser ciertos, pedían y hubiesen obtenido respuesta perentoria y enérgica, como las dió Cervantes á sus agraviadores; pero ni admitidos estos absurdos, es admisible la *traza* anagramática, ya que los párrafos mediante ella extraídos de las obras cervantinas, por sus anacronismos de *hechos*, de palabras y de ideas, por sus exotismos é impropiedades de dicción, desmienten en redondo su atribución á Cervantes—según han probado en artículos de todos cono-

cidos los Sres. Icaza, Cejador, Puyol y la humilde firmante del presente—. Y no hay resurrección del Siglo de oro, porque las resurrecciones históricas se operan por los métodos científicos de la bien encaminada investigación y el ahincado estudio y mediante el *documento* irrefragable y la crítica reveladora, y no afrentando á los que se pretende resucitar ni descifrando imaginarios jeroglíficos. Y que tal resurrección creyó haber realizado el Sr. Rivero, él lo afirma cuando, al creerse en posesión de la clave de los pretendidos anagramas, prorrumpe jubilosamente:

"Mi éxito no tuvo límites; se buscaba un nombre, una noticia, y yo doy á España *una historia maravillosa... Es la resurrección del Siglo de oro* la reliquia que guarda la autografía genial del genio español."

¿De veras cree el Sr. Rivero haber resucitado el Siglo de oro, ignorando hasta el nombre de Tirso, calificándole de *cerebro anémico*, notando de *insignificante* su literatura, motejando á Lope de *perverso*, á Ruiz de Alarcón de *bestezuela* de Quevedo, de *gachupín* dramático, *bu-*

fón y privado del conde-duque de Olivares", acusándole de *infamias*, llamando *procaz* y sospechando de *envenenador* al doctor Mira de Mescua (1) y de *ladrones* de las obras inéditas de Cervantes á Lope de Vega y Alarcón?

No hay conjetura literaria—ni aun de las creíbles y lógicas—que autorice á manosear con desprecio ni menos á difamar sin pruebas las glorias nacionales. No es lícito calificar á Lope y á Alarcón de *compinches*, como si se tratara de dos pícaros del Arenal de Sevilla. Y lo grande es que, á título de vindicación, no sale mejor librado en este pleito Cervantes, cuyas *Memorias*, a ser auténticas, serían su *autodesprestigio* moral (2).

Pero Cervantes ni vindicación ha menester; su vida está documentadísima, y su "Libro" es mundial, y en su "Libro" va infusa, no su autobiografía anagramática, sino su ejecutoria espiritual.

Menos universalmente conocidos, casi ignorados de la gran masa de lectores los otros excelsos ingenios del siglo XVII, no huelga el recordar á la opinión dis-

(1) Artículo del 11 de Agosto.

(2) Véase lo dicho por el maestro Cejador.

traída y al mal enterado vulgo el alto respeto que merecen.



De Lope importa observar que desde hace algún tiempo parecen empeñados los escritores en no mencionar sino sus extravíos amorosos ó sus celos literarios, que es como juzgar al Sol por solas sus manchas; no, Lope, á pesar de sus volcánicos amoríos, de su megalomanía, de su avidez de gloria y de aplausos, ó por lo mismo, era un hombre oceánico; heredero de todo el arte medioeval y fundador de la dramática nueva, fué él solo toda una edad poética del mundo; podía mirar á Cervantes de frente desde otra cumbre creadora, y si rivalidades literarias le hicieron tan injusto para Cervantes como Cervantes lo fué con él llamando á sus comedias *conocidos disparates* y *ejemplos de necedades,* no es lícito afirmar sin pruebas su "persecución continuada, tenaz, *aleve* y *perversa*" contra Cervantes, ni menos insinuar la sospecha de que Lope y Alarcón fuesen ladrones de la *segunda parte* de *La Galatea*, del *Bernardo* y de *Las semanas del jardín* (artículo del 9 de Agosto).

A Ruiz de Alarcón, nexo glorioso de

las literaturas española y mejicana, cuya ejecutoria moral está en sus obras, en aquellos nítidos y perfectos versos de sus comedias, donde el alto concepto del bien se cuaja en sentencias lapidarias y en perlas de belleza, le defiende la cronología. A pesar de cuanto fantaseó don Luis Fernández Guerra acerca de la vuelta de Alarcón á España en 1611, de sus estrenos en Madrid en 1613 y 1614 y de las alusiones que Cervantes le disparó en *El Viaje del Parnaso*, ridiculizándolo en la figura de *Pancracio de Roncesvalles*, es lo cierto—el maestro Icaza acaba de evidenciarlo—que el dramaturgo de Méjico en Méjico se estaba cuando Cervantes escribía su *Viaje* (1613).





Al doctor Mira de Mescua, colaborador de Lope en la creación del Teatro, cincelador de versos de oro que perduran en la historia de nuestra lírica, como aquellos de la célebre canción que empieza:

> "Ufano, alegre, altivo, enamorado,
> rompiendo el aire el pardo jilguerillo..."

y autor de obras de tan singular interés para nuestra dramaturgia como *La des-*

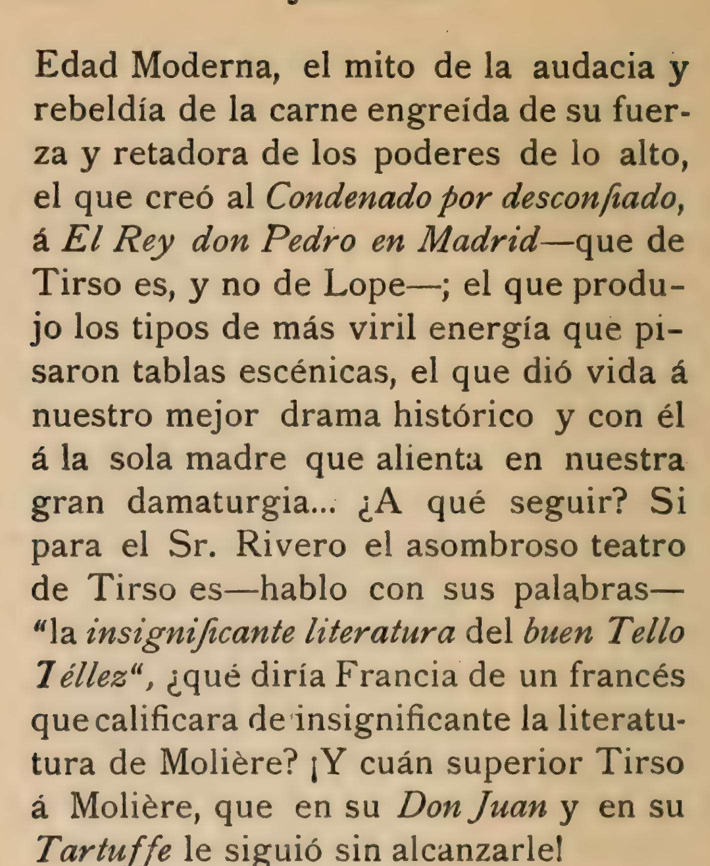
graciada Raquel (La judía de Toledo), El esclavo del demonio, La rueda de la fortuna, imitada por Calderón y por Corneille, y otras comedias y *autos*, le defiende Cervantes, que un año después de publicado el pseudo *Quijote* escribió en el prólogo á sus comedias :"Estímense las trazas artificiosas por todo extremo del licenciado Miguel Sánchez, la gravedad del Dr. Mira de Mescua, *honra sigular de nuestra nación...*" A ser el doctor Mira uno de los autores del falso *Quijote*, ¿elogiárale Cervantes tan sin reticencias ni rebozos? Sólo á un escritor aludió con reticencia y con rebozo el autor del *Viaje del Panarso*, el cual, después de citar con sus nombres á cinco religiosos que los ocultaban en sus obras literarias, al llegar al sexto dice:

"El otro, cuyas sienes ves ceñidas
con los brazos de Dafne en triunfo honroso,
sus glorias tiene en Alcalá esculpidas.
En su ilustre teatro victorioso..." etc.

El *otro* era el más excelso de los discípulos de Lope, Tirso de Molina—"el buen *Tello Téllez*", según el Sr. Rivero—que por "un capricho anagramático" estuvo interinamente complicado y

hasta confeso y convicto (1) en el proceso abierto por don Atanasio á los ingenios del siglo XVII—como por una serie de *caprichos anagramáticos* resultan los más de esos ingenios convertidos en criminales dignos de remar en galeras bajo la penca del cómitre—, aunque por una corazonada del crítico queda absuelto y hasta recibe *un beso de desgravio en la corona*, antes del ósculo rehabilitador había sido juzgado y calificado así, sin quitar ni poner letra: "Nunca tuve á Tirso por un criminal vulgar; su literatura fluye plácida é *insignificante* de un *cerebro anémico* que no recibe oleadas de sangre del corazón..." ¿Verdad, maestro Cávia, que duele que tal juicio de Tirso se haya formulado en mente española? *¿Cerebro anémico* el cerebro de mayor potencia creadora que tuvo dramático alguno? *¡Insignificante* la literatura de Tirso, el dramaturgo de mayor fuerza trágica, cómica y satírica de que podemos gloriarnos! El que engendró á *don Juan*, uno de los grandes mitos de la

(1) "Si Tirso por un capricho anagramático me dijo su nombre y aun la calificación del crimen..."



Edad Moderna, el mito de la audacia y rebeldía de la carne engreída de su fuerza y retadora de los poderes de lo alto, el que creó al *Condenado por desconfiado*, á *El Rey don Pedro en Madrid*—que de Tirso es, y no de Lope—; el que produjo los tipos de más viril energía que pisaron tablas escénicas, el que dió vida á nuestro mejor drama histórico y con él á la sola madre que alienta en nuestra gran damaturgia... ¿A qué seguir? Si para el Sr. Rivero el asombroso teatro de Tirso es—hablo con sus palabras—"la *insignificante literatura* del *buen Tello Téllez*", ¿qué diría Francia de un francés que calificara de insignificante la literatura de Molière? ¡Y cuán superior Tirso á Molière, que en su *Don Juan* y en su *Tartuffe* le siguió sin alcanzarle!

Y. ¡claro!, el autor de esa *insignificante literatura* había de ser un cuitadico fraile de *cerebro anémico* que no recibía oleadas de sangre del corazón.

> »—¡Tengo brio.
> y corazón en las carnes!",

contesta Tirso por boca de su *Don Juan*, y ya se sabe que el sexo de los persona-

jes creados está en el alma del creador.

"En su rostro de asceta—sigue la semblanza—alumbra sin resplandor la luz opaca de los horizontes encalmados, y yo no veo en *Avellaneda* la *mirada apagada, el rostro exangüe y el corazón hecho razonamientos.*" Así sería el *buen Tello Téllez,* que Fr. Gabriel Téllez, como lo acreditan los gigantes psicológicos que engendró, era tan enérgico varón en la escena como en el claustro y en la propia *Historia de la Merced,* donde no se mordió la lengua ciertamente.

Y para que de hoy más no quede duda de que tampoco en la persona fué Tirso ni desmedrado ni *anémico*, quiero *documentarlo* ofreciendo á *El Imparcial* las primicias de un interesantísimo testimonio biográfico, el solo testimonio auténtico y *oficial* que nos dice cómo era físicamente y cuándo nació Tirso de Molina. No es este documento hallazgo mío, aunque sí complemento de otro que encontré en el Archivo de Indias, de donde éste procede, sino del muy docto mercenario chileno fray Pedro N. Pérez, quien no llevará á mal que yo publique el precioso descubrimiento donde pueda

ser más conocido y divulgado para honra del meritísimo descubridor. Como verá quien leyere el documento, érase Tirso, no en la vejez, cuando le retrató un hermano de hábitos, sino á los treinta y tres años—en el de la muerte de Cervantes—, cuando acabados con alta honra sus estudios y laureadas sus comedias en los teatros de la corte, iba á embarcarse para la isla española, al volver de la cual halló por las encrucijadas de Sevilla á *Don Juan* y al *Rey Don Pedro*; es decir, en vísperas de realizar su obra grande, un hombre en la plenitud de la vida—ni *exangüe* ni enfermizo, que ya se anota en el documento cuáles de sus compañeros de expedición lo eran—sino de recia contextura, alta frente y negra barba, tal como su obra inmortal nos lo revela: excelso en el pensar, robusto en el vivir.

He aquí el documento:

"El dho.—En Madrid á 23 de Enero de 1616.

Por parte del presentado fray Juan Gómez que ba por Vicario general de la orden de nra. Sra. de la Mrd. de la ysla española se ha presentado en el consejo

Ron. (relación) de los siete religiosos que con licencia de su Magd. ha de llevar á aquella ysla que son los siguientes:

Fr. Diego González de hedad de treynta años, barbinegro, ojos grandes, letor de Teulugia y predicador.

Fray Gabriel Téllez Predicador y letor de hedad de treynta y tres años, frente elebada, barbinegro."

Omito lo que sigue por no importar á mi propósito y por ser los nombres de los frailes los mismos consignados en la *Cédula* de pasaje á Santo Domingo que publiqué en *El Imparcial* y después en mi libro "Del Siglo de oro".

Baste decir que de fray Hernando de Canales se anota en este nuevo documento que era "flaco de rostro, el color quebrado", y de fray Juan Salgado, "de color pálido y pocas barbas", y puesto que de Téllez no se hacen tales indicaciones, probado está que *ni fué anémico ni exangüe*, y que tenía tan recias y honradas barbas en el rostro como en el entendimiento.

D. NARCISO ALONSO CORTÉS

Es uno de nuestros más prestigiosos cervantistas. Tiene mucho talento, está muy bien documentado y lleva publicadas más de veinte obras. La última ha sido una nueva edición de El licenciado Vidriera, *con prólogo y notas suyos.*

Como poeta goza fama de delicado y correcto, y es también un prosista castizo y elegante.

D. Narciso Alonso Cortés ocupa con aplauso la cátedra de Literatura en Valladolid.

Conviene, ante todo, en este incidente cervantino, reconocer la difícil labor realizada por el Sr. Rivero, su innegable buena fe, su entusiasmo por el Príncipe de los Ingenios, su estilo desgarrado y pintoresco (1). Estas cualidades bastan y sobran para leer con simpatía aquellos artículos.

Pero, admitiéndolas de muy buen grado, forzoso es lamentar que se hayan puesto en servicio de una idea, cuya falsedad, como las verdades axiomáticas, no necesita demostración. Tan clara y evidente es.

Para argumentar en contra, sería preciso repetir todas las razones expuestas por los que de este asunto han tratado ya. Necesariamente han de coincidir todas las opiniones.

Los anacronismos manifiestos, las in-

(1) De *El Çorreo Español*, de Madrid (26 de Agosto de 1916).

exactitudes del lenguaje, la deficiente formación de los anagramas, las incoherencias que resultan en la interpretación del Sr. Rivero, son pruebas de eficacia decisiva. Pero es que, en mi opinión, ni siquiera hace falta llegar á ellas. Hay una prueba fundamental que hace inútiles todas las demás.

La cuestión pudiera plantearse en estos términos.

1.° No es posible que Cervantes escribiera ningún libro con la *traza* que supone el Sr. Rivero.

2.° Aun admitiendo por un momento la hipótosis de que Cervantes escribiera con esa *traza* no es posible que el Sr. Rivero, ni niguna otra persona hiciera la recomposición criptográfica acertando precisa y exactamente con el texto primitivo.

De la primera proposición no se debiera realmente pasar. ¿En qué cabeza cabe que, no ya Cervantes, sino un escritor cualquiera, pueda componer un libro de doble lectura? ¿Quién sería tan necio que pasara meses y años entregado á ese suplicio cerebral, abrigando la certeza de que nadie podría, en época alguna,





descifrar el sentido oculto de su libro?

Para realizar su propósito, Cervantes hubiera tenido que escribir primeramente sus *Memorias*, como las llama el señor Rivero; luego hubiera necesitado descomponer letra por letra cada uno de los párrafos, construyendo otros que vinieran á formar un libro. Sólo el sospechar que esto pudiera suceder, es ofensivo á Cervantes y á la lógica.

Dejando aparte el tiempo y trabajo, nada escasos, que tamaña labor supone, ¿es concebible que un libro escrito en semejante forma viniera á ser obra maestra de la literatura universal? ¿No ha visto el mismo Sr. Rivero, al hacer sus combinaciones anagramáticas, las dificultades que ello ofrece y lo mucho que, en ocasiones, hay que violentar la expresión del pensamiento para atenerse á las letras matrices, cosa no siempre posible? Si Cervantes hubiera escrito con tales ataduras, en vez de ser el rey de los prosistas españoles hubiera sido un escritor ramplón y pedestre.

Mucho se me resiste admitir, aunque sólo sea provisionalmente, la absurda hipótesis de que Cervantes escribiera el

Quijote ú otro libro con un artificio de ese género; pero admitámosla, ya que es preciso descender al plano donde ha colocado la cuestión el Sr. Rivero.

Lo que entonces simplemente ocurriría es, que ni el Sr. Rivero ni nadie podría dar con las palabras escritas primitivamente por Cervantes; porque como un párrafo, por breve que sea, se presta á infinidad de combinaciones anagramáticas, podría leerse, á gusto del consumidor, lo que pareciera conveniente, y nunca lo que Cervantes escribió.

Y esto es lo que el Sr. Rivero ha tenido que hacer. El Sr. Rivero, obsesionado por su idea, colocábase ante un párrafo de Cervantes, y pensaba: ¿Qué es lo que yo quiero que Cervantes diga aquí? Quiero, por ejemplo, que nos refiera cómo al salir de una segunda prisión que sufrió por el proceso de Ezpeleta, se encontró con que Isabel, su hija, llevaba *las faldas cortas por delante.* Y, dicho y hecho: el Sr. Rivero, suprimiendo unas letras, agregando otras, violentando la construcción y desnaturalizando el lenguaje, componía un párrafo en que venía á decirlo tal y como lo había

pensado. De la misma manera hubiera podido formar otro en que se dijera que Cervantes fué dueño de un mesón, ó que hizo una peregrinación á Tierra Santa.

Creo que esto es cuanto debe decirse acerca de los descubrimientos del Sr. Rivero. Alegar otros argumentos de índole históricoliteraria, sería dar á entender que había un resquicio á la duda.

DON MIGUEL DE UNAMUNO

El genial autor de la Vida de don Quijote y Sancho, *no ha escrito trabajo alguno acerca de los que publicó el Sr. Rivero; pero tampoco ha reservado la opinión que éstos le merecen. Un periodista se la pidió y al punto fué complacido.*

D. Miguel no es de los que escamotean un juicio, ni de los que huyen el bulto cuando es menester que su voz se haga oir.

—Ya que habla usted de *Don Quijote* (1) ¿qué le parece de lo que el señor Rivero ha dicho y publicado respecto á la obra de *Avellaneda* y á las *trazas* de Cervantes?

—Tales bobadas no merecen ni el honor de hablar de ellas. Son pasatiempos de una infantilidad abrumadora.

---

(1) De una *interview* publicada en *El Adelanto*, de Salamanca, á 4 de Septiembre de 1916.

D. FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

Miembro de la Real Academia Española, consejero de Instrucción Pública, director de la Biblioteca Nacional, en la vacante de Menéndez y Pelayo, y presidente del Comité Ejecutivo del Centenario de Cervantes.

El Sr. Rodriguez Marín es una gloria española. Sus altos méritos los proclama la copiosa serie de obras, debidas á su ingenio, y entre las cuales más de veinte son cervantinas. Destacan entre elias la edición crítica de Rinconete y Cortadillo, Don Quijote en América, El andalucismo y cordobesismo de Cervantes *y la edición crítica del* Quijote, *obra magna de la que ya lleva publicado tres tomos.*

Haciendo honor á su indiscutible autoridad, El Correo Español *le rogó que hiciese el resumen de las opiniones publicadas sobre los artículos del Sr. Rivero. Cómo desempeñó este encargo lo verá el lector en las páginas siguientes, trazadas con la galanura y el donaire que caracterizan el estilo de este gran escritor.*

—¿...?

—Han dicho tanto los doctos cervantistas que antes que yo informaron á *El Correo Español* en este curiosísimo lance literario, y lo han dicho tan bien, que, en realidad, poco campo me queda, si no he de repetir lo que ya saben sus lectores (1).

—¿...?

Ciertamente, no es este un caso aislado, sino el último, hasta ahora, de una verdadera serie de interesantes fenómenos de seudo-historia cervantina.

Decir cosas nuevas acerca de Cervantes y sus obras, va siendo cada día más difícil; nuestros comentarios psicológicos todavía dejan mucho que desear; el documento inédito, el rigurosamente histórico, no suele estar tan á mano, que cualquiera lo encuentre á la primera

(1) De *El Correo Español*, de Madrid (27 de Agosto de 1916.)



azadonada; no todos saben buscarlo, ni aun leerlo, y, aun hallado, su estudio ofrece serias dificultades, pues hay que atar bien multitud de cabillos, y antes que atarlos ha de ser el conocerlos. Así, fué siempre mucho más hacedero y cómodo echarse á soñar por la noche lo que haya de escribirse á la mañana.

De esta manera se han compuesto las ocho décimas partes de nuestros libros referentes al *manco sano* y á su inmortal *Don Quijote de la Mancha.*

Los "Enquijotados"

—¿...?

—No todos engañan á sabiendas, no, y preciso es hacerles esta justicia: los más de estos exégetas de nuestros días comienzan por engañarse á sí mismos; ásense á un puntillo cualquiera más ó menos baladí, créenlo cabo de una gran madeja histórica ó crítica, y de ahí comienzan á devanar y á devanarse los sesos con la más buena fe del mundo. Esto se debe en gran parte á la enorme fuerza expansiva de la generosa locura



de Don Quijote. Cuerdo, y aun gramático pardo, que es más que cuerdo, era Sancho Panza, y los pocos que hemos leído el *Quijote* sabemos cómo, al encontrarse con el cura y el barbero en el capítulo XXVI de la primera parte de la sin par novela, les habla convencidísimo de que su amo había de ser Emperador y casarle, porque ya sería viudo Sancho, con una doncella de la Emperatriz "heredera de un rico y grande Estado de tierra firme"... Y relata Cervantes:

"Decía esto Sancho con tanto reposo, limpiándose de cuando en cuando las narices, y con tan poco juicio, que los dos se admiraron de nuevo, considerando cuán vehemente había sido la locura de Don Quijote, pues había llevado tras sí el juicio de aquel pobre hombre."

Y es cosa para maravillarse que, de ordinario, los alucinados por Cervantes y su gran libro fueron y son hombres de buen talento y de experimentada cordura, que sólo falla en tocando el tema Cervantino. Tales son como el mismo Don Quijote, modelo de varones juiciosos y prudentes, mientras no le hurgan, ó hur-

ga él, en la empecatada materia de las caballerías.

La Oración del Cervantista

¿...?

—Debo abstenerme de citar nombres; los conocen y los recuerdan, de seguro, los cultos lectores de *El Correo Español*. Además, por ahí andan sus libros y folletos, abultando enormemente la ya muy copiosa bibliografía cervantina, no sin enfadar á muchos, ni sin regocijar á los más.

Y crea usted que deseo con vehemencia terminar los trabajos cervantinos en que al presente me ocupo, para mudar de bisiesto y dar de mano, por siempre jamás, á cuanto con Cervantes tenga siquiera pequeño roce, porque es, á la verdad, de mucho compromiso y riesgo este ejercicio literario, en que tan fácil es echarse á ver visiones, tomando por gigantes á las musarañas y proclamando los desbarros por aciertos milagrosos, y para mientras termino esta tarea, pensando estoy en componer una oración

breve y devota, á fin de recitarla muy de mañana, á la hora en que anudo el trabajo del día anterior. La oración podrá ser ésta ú otra parecida:

"Bendito seáis, Dios mío, pues por vuestra infinita misericordia conservo, aun tratando diariamente con el sublime loco Don Quijote de la Mancha, estos adarmes de buen juicio que os dignásteis de concederme. Conservádmele, os ruego, hasta el fin de mi peligrosa jornada; que yo os prometo daros siempre gracias por esta gran merced y enderezar á vuestra mayor gloria y alabanza mis humildes trabajos."

Benjumea y sus secuaces

—¿.....?

—El que verdaderamente nos trajo las gallinas del *infundio* anagramático cervantino y contagió de ese modo á muchas imaginaciones exaltadas, fué D. Nicolás Díaz de Benjumea: aquel talentoso, pero *chiflado* erudito, que en toda expresión cervantina creyó encontrar gato encerrado, y que, puesto á soñar con el

doctor Blanco de Paz, ruín enemigo de Cervantes, le supuso, siguiendo á Ceán Bermúdez, verdadero autor del *Quijote* de Avellaneda, sin sospechar que, como he patentizado recientemente exhumando documentos que hacen entera fe, el tal Blanco había nacido en 1537 ó 1538, y sin percatarse, por tanto, de que si aún vivía en 1614, año en que el falso *Quijote* salió á luz, frisaba con los *setenta y siete años*, edad mucho más á propósito para pedir á Dios muerte cristiana que para andarse á escribir y publicar novelas escatológicas y medio verdes. A juicio de Benjumea, todo el *Quijote* está salpicado de alusiones al ex fraile de Montemolín, y algunas de ellas son anagramáticas. *López de Alcobendas*, en el capítulo XIX de la primera parte, "es el anagrama exacto del siguiente epígrafe de la aventura: *Es lo de Blanco de Paz*". Y, de contado, "las letras de la palabra *Barcelona* —donde vence á D. Quijote el Caballero de la Blanca Luna—forman las dos siguientes: *Era Blanco*". Este entretenido cubileteo que Benjumea, oficiando de Maese Coral, hizo con las letras de tales y cuales palabras del *Quijote*, fué la se-

milla de casi todas las innumerables extravagancias cervantinas que después han salido á la luz del mundo. El principio fundamental de tan arbitrario *sistema* de investigación es donosísimo: barajando letras á mi talante, puedo sacar el prefacio de la misa, en latín y todo, de las antiguas coplas de la zarabanda.

—¿.....?

—Sí que es muy curioso; pero esa plática nos llevaría demasiado lejos, y aun ya me parece que hubiéramos debido entrar de lleno en la materia que es objeto de esta agradable entrevista, que debo á la amable invitación de *El Correo Español*, interesado siempre, con loable patriotismo, en todo lo tocante á la cultura nacional. Hablemos, pues, de D. Atanasio Rivero y de los famosos artículos que muy en buena hora le ha publicado *El Imparcial*.

Quién fué Avellaneda.

—¿.....?

—*Muy en buena hora*, sí, mas no porque yo crea que esos artículos hayan de-

mostrado quién fuese el autor del falso *Quijote*, cosa que seguirá en el misterio, como he dicho en otro lugar, "hasta que una dichosa casualidad ó el perseverante trabajo de algún investigador saquen de las tinieblas de tal ó cual polvoriento archivo, á la luz del día, *un documento fehaciente* que declare con sencillez y laconismo cómo se llamaba el autor de ese libro endiablado que desveló á Cervantes y trae sin sueño, tres siglos después de dado á la estampa, á los cervantistas de ambos mundos. "Dije que en buen hora ha publicado *El Imparcial* los artículos del Sr. Rivero, porque, por lo pronto, el uno escribiéndolos y el otro dándolos á conocer, han puesto el nombre de Cervantes en los labios de todos los españoles, y en *tupis*, cafés, peluquerías y betunerías no se ha hablado ¡ni aun de toros! tanto como de Cervantes y sus andanzas, cosa que es harto de estimar aquí donde el autor del *Quijote*—hablando en plata—sigue siendo para los más, para casi todos, la primera persona después de Nadie. Don Nadie

—¿....?

—"A mi ver—he dicho al anotar el

prólogo de la segunda parte del *Quijote*—, de cuantas conjeturas se han aventurado acerca de quién sea el verdadero autor del de Tarragona, la mejor encaminada hasta hoy es la de Menéndez y Pelayo. Alonso Lamberto debió de ser el autor de esa obra, y si no fué él, algún estudiantón famélico, ya que de su propio dicho se colige que en lo que preferentemente pensaba era en "la ganancia que le quito de su *Segunda parte*". Como hoy vemos tan prócer á Cervantes, nos cuesta trabajo atribuirle por rival ó adversario en su tiempo á quien tuviese talla menor que de coloso. Es disculpable error de óptica intelectual, en que han solido incurrir aun los más discretos y perspicaces. Pero nunca acerté á colegir por qué el sabio polígrafo montañés pagó tributo á la costumbre de andar jugando al anagrama, esta letra cojo y la otra suelto, porque tal cosa no hacía maldita la falta á su lógico y admirable estudio. Yo creo, y así lo dije diez años ha en uno de mis libros, que *Alisolán* es, ó puede muy bien ser, seudónimo de *Alonso Lamberto*, visto y sabido y comprobado que una de las maneras que para ur-





dirlos se usaban en los siglos XVI y XVII consistía en tomar, puramente ó con alguna alteración ligera, las primeras letras del nombre y del apellido, y añadirles, á hacer falta para la terminación masculina ó femenina, un remate eufónico; así Luis Hurtado ofreció unas obras suyas —dícelo él— "á la hermosísima doña *Isabel Manrique*..., con renombre de la pastora *Ismenia*" *(Is-Man, ó Men)*, y asimismo la gentil poetisa antequerana doña *Cristobalina de Alarcón* fué celebrada por Pedro Espinoza, D. Miguel Colodrero y otros, bajo el nombre de *Crisalda (Cris-Al)*. Pues de esta propia manera puede ser *Alisolán* seudónimo de *Alonso Lamberto (Alonso* ó *Aliso-Lam)*. Y, en fin, séalo ó no, más razonable y bien fundada conjetura es ésta que todas las que antes y después han salido á plaza, y de todo en todo preferible á la rotunda afirmación que en una traza obtenida por D. Atanasio Rivero, hacen hoy, redivivos en menos que mediana prosa, el Dr. Mira de Amescua y Gabriel Leonardo de Albión.

—¿.....?

—Pues en esta materia todo está ya

dicho por los insignes cervantistas y literatos que en *El Correo Español* y en otros periódicos han tratado de los ruidosos descubrimientos del Sr. Rivero, paréceme que lo que quizá todavía pueda ofrecer alguna novedad es la relación circunstanciada de las tres pláticas que conmigo ha tenido el para unos travieso y para otros ofuscado periodista de Asturias, que en un periquete ha hecho sonar y repetir su nombre, por obra del solo talismán de su pluma, hasta en las más ínfimas aldeas de España, cuando tantos, ganosos de celebridad, se mueren de viejos sin catarla siquiera.

RIVERO, CONVALECIENTE Y MISTERIOSO

—¿.....?

—Sí, nada menos que tres, aunque el Sr. Rivero sólo se haya referido á una; por cierto, á la que menos puede interesar al público. En efecto, habrá ahora unos siete meses, aquel señor me visitó en mi despacho de la Biblioteca Nacional. Es hombre simpático, de edad mediana, de mirada viva é inteligente y de

habla fácil y persuasiva. Antes que lo dijera, columbré, por su aspecto, que acababa de pasar una enfermedad grave. Deseaba ver unos libros de Cervantes y de otros autores; le urgía sobremanera tomar de ellos ciertas notas, para regresar en seguida á Cuba, donde estaba su familia. Había temido no volver á verla... Ocupábase con apremio en esclarecer los puntos más obscuros de la vida de Cervantes: tenía averiguadas cosas increíbles. ¡Qué contratiempo! Una pícara pulmonía le había retrasado su labor.

Diéronse al Sr. Rivero cuantas facultades permite el Reglamento de las Bibliotecas públicas del Estado, y á los pocos días estuvo en disposición de emprender su regreso. Al despedirse de mí hablamos un rato; volvió á indicarme que sus investigaciones, ya muy adelantadas, y fruto de años y años de perseverante afán, habían de llamar la atención en todo el mundo; me aseguró haver averiguado, sólida y documentalmente, quién era el autor del falso *Quijote* y saber otras muchas cosas peregrinas, que yo conocería antes que nadie. Correspondiendo á su cortés deferencia, le ani-

mé para que llevase á feliz término sus tan interesantes trabajos.

—Nadie sabe casi nada—le dije—; pero entre todos, con paciencia y vigilias, llegaremos á saberlo casi todo. ¡A trabajar, pues!

Y, antes de retirarse, todavía me dejó entrever, ó medio entrever, hablando nerviosamente y á medias palabras, cosas de tanta maravilla, que cuando quedé solo resumí la plática en este pensamiento: "O este hombre es brujo, ó aún lleva encima una fiebre de cuarenta grados." Así terminó mi primera entrevista con D. Atanasio Rivero.

EL GRAN TESORO CERVANTINO

—¿.....?

—Prosigamos. Uno de los últimos días del pasado mes de Julio, honró mi casa con su inesperada visita el Sr. Rivero. Al pronto, no le conocí. Repuesto de su enfermedad, parecía otro hombre; sonreía, charlaba, rebosaba salud y gracejo.

—Su primer cuidado al regresar á Madrid—me dijo—era cumplirme su pa-

labra; yo había de ser el primero que en España—algo, muy poco, había revelado en Cuba—tuviese la noticia de sus admirables descubrimientos; tal como sonaba, de sus asombrosos descubrimientos cervantinos.

Así oiría mi parecer y mis consejos, que estimaba en mucho. Deseaba que le escuchase un par de horas, aquel mismo día ú otro próximo, para comunicarme el casí increíble resultado de sus investigaciones.

Yo, que ciertamente estaba muy atareado, díjelo así al Sr. Rivero, y le agradecí de corazón la inmerecida preferencia con que deseaba favorecerme. ¡Andaba yo tan á pleito con las horas!...

Quise indagar, con todo, qué gran hallazgo fuese el suyo, y le pregunté en qué archivos de aquende ó allende el Atlántico había encontrado el tesoro de noticias que anunciaba, y como á nada me respondiese, sino con vaguedad, y lo aplazase todo para la entrevista que me pedía, acabé por citarle para las doce del día siguiente, fiesta de Santiago, patrón de España. Hablando en términos generales de la historia de los descubrimien-

tos cervantinos, tuve buena ocasión para tratar del lamentable descrédito á que habían traído estos estudios muchos seudocervantistas, apoyando los más estrambóticos asertos en datos y documentos apócrifos, ó bien en cábalas y presunciones caprichosas y logográficas, de buena ó de mala fe sustentadas, todo lo cual con razón había hecho tan severa y exigente á la crítica, que hoy sería infructuoso afirmar cosa alguna sin tener —como se suele decir—el mazo y la porra; esto es, prueba clara, robusta é irrebatible, en que fundarse; prueba tan sólida y concluyente como sería menester ostentarla para arrebatar un pobre á un duque, por medio de un litigio, la propiedad de una cuantiosa fortuna.

—Así es la prueba con que yo cuento —me dijo el Sr. Rivero, triunfalmente—. ¡Nada de conjeturas! ¡Porque aquí donde usted me ve, he hallado *las Memorias auténticas de Cervantes!* Entre amigos, con verlo basta. Hasta mañana á las doce.

Y esto dicho, D. Atanasio Rivero, sonriente y como seguro de sí, me estrechó la mano y se fué.

—*¡Las Memorias auténticas de Cervantes!*—quedé yo pensando—. ¡Un grano de anís! ¿Será un loco este hombre? ¿Será un consumado paleógrafo y un habilísimo calígrafo, que haya inventado un texto más ó menos parecido al *Buscapié* de D. Adolfo de Castro?... ¿Existirán, reales y positivas, tales *Memorias,* ó será este D. Atanasio un peluquero socarrón que viene á *tomar el pelo* á los españoles? ¿Tendremos aquí á uno de tantos ilusos que creen ser de letra de Cervantes cualesquier notas ó apuntes viejos, como aquel famoso Ortego, palentino, que imaginaba poseer lo que él llamaba *el ejemplar prueba* del *Quijote,* é insultaba airadamente á los que no lo creían á pie juntillas?

No sabía yo cuál de estas cosas diputar por más probable, y pensando en ello pasaron por mi memoria, uno por uno, los muchos sujetos, entre embaucadores y visionarios, que gastaron una parte de su vida en enturbiar y corromper con la basura de sus invenciones ó vanos ensueños las puras aguas de la verdad histórica en todo lo que toca á Cervantes y á sus escritos.

Porque es la verdad que de ningún autor se han dicho y propalado más mentiras que del autor del *Quijote*, como si todos, por escritura de obligación con cláusula penal, estuviésemos constreñidos á decir de Cervantes alguna cosita nueva, y como si, á más no poder, fuese lícito y hasta forzoso acuñar moneda falsa aquellos que no lograron poseer la legítima.



El cuadro cabalístico

El Sr. Rivero acudió á mi casa con puntualidad no española. Avisáronme, y dejando la pluma me apresuré á salir á su encuentro. Salía, al par, del gabinete, un mozo de cordel.

—¡Diablo! —pensé alarmadísimo—. ¿Tantos papeles me quiere leer D. Atanasio, que ha sido menester que los traiga un *soguilla?* ¡Buena la hemos hecho! ¡Santiago me valga!

Era infundado mi temor. El Sr. Rivero, cuando entré á saludarle, acababa de colocar contra el espaldar de una silla, y á buena luz, lo que el mozo había traído:

un gran cuatro en el que se leía, repartida en quince ó veinte renglones, la dedicatoria de la primera parte del *Quijote* al duque de Béjar.

—Va usted á presenciar una mutación prodigiosa—me dijo el Sr. Rivero, no bien nos saludamos.

Y empezando á quitar letras de los renglones, formados con caracteres movibles que se colocan á discreción en los intersticios que dejan los listoncillos de madera de que se compone el cuadro, comenzó á pergeñar otro texto en los interticios superiores que, *ad hoc,* estaban vacíos. El nuevo texto empezaba así, poco más ó menos:

"Esta no es la verdadera dedicatoria del *Don Quijote...*"

—Luego, ¿es otra que la aparente la que en realidad hubo allí?—pregunté al Sr. Rivero.

—Sin duda alguna—respondió—. Aquí hay dos textos: el conocido hasta ahora y el interno, descubierto por mí.

Y viendo que volvía á su tarea de trasegar letras, como un cajista, en aquel múltiple *componedor* de su cuadro, y que para ello se guiaba por una

cuartilla escrita de máquina, le dije.

—Vamos á ahorrar tiempo: yo doy por demostrado que usted compone con esas letras lo que trae escrito en su papel. Léamelo usted y es más sencillo.

Ya sentados, leyóme la *entraña* de la dedicatoria, y me habló largamente de su descubrimiento. A veces se limitaba á responder con brevedad á mis preguntas, y á veces se extendía en revelaciones muy curiosas, y, sobre todo, novísimas, no sin leerme de cuando en cuando algunas de las cuartillas que llevaba dentro de un ejemplar de la primera parte del *Quijote*, por cierto de la edición facsímile hecha por Montaner y Simón sobre la tercera de Cuesta (1608), que es incorrectísima, y en la cual, contra lo que equivocadamente algunos aseguraron, no puso mano Cervantes.

La entraña del "Quijote"

He aquí, muy en resumen, lo que me dijo el Sr. Rivero:

El *Quijote* no es un libro, sino dos: el que conocíamos y el que dejó oculto Cer-

vantes y oculto ha permanecido hasta ahora. Este nuevo libro es la completa autobiografía del gran escritor: *sus Memorias*, compuestas, al par que el texto exterior, con un artificio singular que dió á conocer reservadamente al conde de Lemos. Pero como este magnate no guardase la reserva prometida, se divulgó el secreto, cabalmente entre los enemigos del héroe de Lepanto, y éstos, y aun el mismo conde, y Mateo Alemán y algunos otros, escribieron, á veces, usando esa misma *traza* ó *sistema*. Rivero, gracias á sus cavilaciones y vigilias, ha *desentrañado* muchos párrafos de diversos autores que escribieron así, y, en especial, se ocupa en descifrar la *traza* ó *escritura interior* de las obras de Cervantes, y señaladamente la del *Quijote*.

Yo escuchaba con suma atención y con la extrañeza que cualquiera supondrá al feliz hallador de tantos *libros con sorpresa*, enterándome, unas veces por la lectura y otras por el relato, de cien asombrosos y menudos pormenores de la prisión de Cervantes en Sevilla; de los amigos que en ella le visitaban; de la ingratitud de Isabel de Saavedra, que ahora

resulta no ser hija de quien creíamos, y de los muchos é intrincados dimes y diretes y complicados chismecillos literarios á que dió lugar la dedicatoria de la primera parte del *Quijote.*

Ya transcurrido un largo rato, híceme más prolijo preguntador, y á mis preguntas respondió el Sr. Rivero que, aunque llevaba mucho tiempo en esta labor penosísima, aún no había pasado del capítulo XI de la primera parte. (La obra, como es sabido, tiene 126 capítulos y dos prólogos.)

QUITANDO "JIERRO"

Una hora de plática llevaríamos, cuando, después de hacer observar á mi interlocutor que era inverosímil que Cervantes, carácter noble y abierto, que siempre se bastó para decir claras las verdades, sin recovecos ni tapujos, hubiese acudido al revesado procedimiento de la escritura anagramática y recóndita, comencé á aventurar otras preguntas.

—Usted, que ha obtenido esos textos,

¿no podría obtener de los mismos párrafos otra lección diferente?

Dijome que no; que el descifrar esa prosa interna no era cosa arbitraria, y así, de cada período no puede salir más que un texto; el que él obtiene.

Le pregunté:

—Si usted no supiera lo que sabe de la vida y las andanzas del autor del *Quijote*, ¿sacaría de los párrafos cervantinos las mismas noticias que saca?

—Indudablemente—me respondió con aplomo y naturalidad—. Y un niño podría hacerlo.

Le llamé la atención acerca de que el lenguaje y el estilo de esas *Memorias* no se parecen á los que en las obras de Cervantes admira el mundo, y respondióme que algo tienen que diferir, á causa del esfuerzo que el autor hacía para formar nueva escritura con los períodos aparentes de sus obras.

Díjele, insistiendo, que una de las más graves objeciones que habían de hacer á su descubrimiento, era que algunos giros y no pocas palabras de su transcripción no eran del tiempo de Cervantes, sino mucho más recientes. Y, para de-

mostrarlo, le cité algunos ejemplos de los unos y las otras. A esto alegó, por excusa, que sin duda esas impropiedades se deberían á tal ó cual error suyo al transcribir; pero que estaba cierto, ciertísimo, de haber hallado *el secreto de Cervantes.*

Estrechando más el cerco, hice notar al Sr. Rivero algunos graves errores históricos y topográficos que había advertido en los textos que acababa de escuchar, y al oir estos reparos mostró gran extrañeza.

¿Cómo ha podido equivocarse Cervantes?, preguntó. Con todo, él vería despacio esos pasajes, para comprobar escrupulosamente su copia.

Y al manifestarme, por último, que se proponía llevar á la prensa alguna parte de su descubrimiento, le aconsejé que no tuviera prisa; que meditara bien antes de dar pasos que trascendiesen al público, porque palabras y piedras sueltas no tienen vuelta. Yo le anticipaba, correspondiendo con nobleza á su confianza, que su descubrimiento no prosperaría.

Preguntóme, exaltándose un poco, si era de presumir, si, por ventura, presu-

mía yo, que él hubiese hecho un largo viaje, y gastado antes mucho tiempo en penosas vigilias para venir á España á engañar con una supercheria á sus compatriotas.

Le tranquilicé; no presumía yo eso, pues á presumirlo, nuestra entrevista habría acabado mucho antes; pero creía que de buena fe, encariñándose más y más de un día en otro, con lo que imaginaba ser un portentoso descubrimiento, estaba *honradamente ofuscado*, y no podía percatarse de ser todo ello vana apariencia, sin cuerpo ni realidad.



Sabido es que, por lo común, aun los hombres más despiertos é inteligentes, no ven claro en sus asuntos más importantes. Por eso los médicos no curan á sus hijos, y fían más en la pericia ajena que en la propia.

En fin, le aconsejé que comunicara su hallazgo con algunas personas especializadas en los estudios cervantinos, para que, sin decirles palabra acerca de mi opinión, oyera la suya, antes de arriesgarse á llevar sus noticias á los periódicos.

No sé si llegaría á visitar á tales per-

sonas; sólo sé que á los siete ú ocho días comenzó á revelar en *El Imparcial* lo que llama *El secreto de Cervantes.*

—¿.....?

—Todos los insignes cervantistas que indiqué al Sr. Rivero han emitido su parecer en la prensa periódica, y veo que conviene exactamente con el mío.

Mi ilustre amigo el Sr. Gómez Ocaña opina de igual manera, y me autoriza para manifestarlo públicamente.

"Para que á mis ojos—me escribe desde Cádiz—tuviera valor la lectura descifrada por el Sr. Rivero, serían precisas tres condiciones:

Primera. Que se posea una clave para la traducción del anagrama.



Segunda. Que lo traducido no se oponga á lo que documentalmente se conoce; y

Tercera. Que el texto obtenido acuse el estilo propio del autor."

Y añade:

"Ignoro lo primero; no hallo acuerdo en lo segundo, y no me parece de Cervantes el texto que da á conocer el señor Rivero. Esto, amén de otra condición genérica é inexcusable: que el anagrama

por descifrar no habría de pasar de un brevísimo número de renglones.“

Unos botones para muestras

—¿.....?

—¿Muestras de las palabras y locuciones que se suponen de Cervantes y de otros escritores de su tiempo, y no lo son ni pueden serlo, porque su uso data de época mucho menos remota? Más de ciento podrían entresacarse de los retazos que ha dado á conocer el redactor de *La Lucha*, unas, ya señaladas por los ilustres escritores que han tratado de este asunto, y otras que, seguramente por abreviar, no apuntaron: *le dijeran, la halagara, la ofendiera, no hicieran, me prometiera*..., por *le dijeron, la halagó, la ofendió, no hicieron, me prometió*...; *puesto que se propone, puesto qne él no ha aceptado,* por *pues que*, ya que el *puesto que* equivalía á *aunque* en el tiempo de Cervantes.

Además, ¿cuándo este autor ni sus contemporáneos pudieron decir: *sostiene relaciones de tapadillo, fué de viaje, apurar*

el ridículo, llamar á la pequeña (á la niña), *no trató de saludarme, quise hacerle un saludo, que esté presente para sus esponsales, después de tantos años de mutismo, nos fustiga de detentadores, que nos ataca en pago, sin distinción de sexos, por haber burlado las recaudaciones, plagiando á otros, la insostenible situación, quede todo finiquitado, lo abonado* (pagado) *á la librería, se deben fama y honores,* y otras cosas como éstas? Ni ¿como había de escribir Cervantes *Yo derramo lágrimas copiosas,* no pudiendo ser *copiosa* ó *abundante* ninguna lágrima, sino el conjunto de ellas; por lo cual dijo en el *Quijote* (I, XVII), "le dió un *sudor copiosísimo*" y "el *copioso sudor* me ciega los ojos" (II, XVII), y en otro lugar (II, XXXVI), "derramando *mucha cantidad de* hermosas y lastimeras *lágrimas?*" Ni ¿cómo Lope de Vega, ni Mira de Amescua, ni nadie en los primeros años del siglo XVII, había de hablar del *bigote* de Cervantes ("parece remedar... *con tanto bigote* un sevillano..."), cuando, á diferencia de hoy, sólo se llamaba *bigote* á cada una de las dos mitades, izquierda y derecha, del pelo del labio superior y *bigotes* al conjunto,

por lo cual dice el cura en *El Ingenioso Hidalgo* (I, XXX) que antes de ofender al Caballero de la Triste Figura "se hubiera quitado *un bigote*"?

¿.....?

Vea usted algunas muestras de los errores topográficos é históricos á que me referí.

Primera. El más alto funcionario civil de Sevilla se llamaba *asistente*, y no *intendente*, como se le nombra en las *Memorias*.

Segunda. En éstas se trata de estar Cervantes preso *en la Macarena*, y de *el juez de la Macarena*, y es lo cierto que en aquel barrio hispalense no había cárcel alguna, ni tampoco hubo funcionario que se llamase, como ahora, *juez de la Macarena* (del distrito de la Macarena), todo esto, además de constar que donde Cervantes estuvo preso fué en la Cárcel Real, situada á un extremo de la calle *de la* Sierpe, hoy *de las Sierpes*.

CERVANTES, EMBUSTERO

Tercera. Según el Sr. Rivero, la *traza* de una de las décimas de Urganda la

Desconocida que preceden á la primera parte del *Quijote*, aquella que empieza

> Pues al cielo no le plu–
> Que saliese tan ladi–
> Como el negro Juan Lati-,

dice lo siguiente:

"Esto es contra Lope de Vega, en su libro *El Peregrino*, que no sabía el latín, de suerte que acudió á Latino que le compusiese alguno á la memoria con el fin de ponello en la novela. El negro dixo con flema: *Pallida mors aequo pulsat pede!*"

Júzguese ahora si Cervantes pudo escribir eso con *traza* ni sin ella. *El Peregrino en su Patria* salió á luz en 1604, y Juan Latino había muerto en 1573 (*¡treinta y un años antes!)*, según rezaba la losa de su sepultura. Tocando otro registro: cuando Juan Latino murió, tenía Lope de Vega once años de edad. Véase, pues, cómo aún queda epígrafe para un nuevo estudio cervantino: *Cervantes embustero*.

Mira de Amescua, mentiroso

Y cuarta. Que en la *entraña enigmá-*

tica del comienzo del *Quijote*, de Avellaneda (publicado *en 1614*), donde hablan Gabriel Leonardo de Albión y el doctor Mira de Amescua, éste se llama *Arcediano de Guadix*, cosa que no pudo hacer sin usurpar el cargo y adivinar lo futuro; porque es lo cierto y bien averiguado que el tal doctor Amescua (y no *Mescua*, pues nunca él se nombró así), no fué presentado para aquel arcedianazgo hasta el año *de 1631*, cosa, que, deshaciendo un error de D. Cayetano A. de la Barrera, demostré diez años ha en mi estudio sobre *Pedro Espinosa* (pág. 93), y ha corroborado en el *Boletín de la Real Academia Española* (Diciembre de 1914) mi difunto amigo D. Fructuoso Sanz y Sanz, chantre de aquella iglesia Catedral. En el mandato en que el Obispo de Guadix, á 20 de Julio de 1631, cometió á su provisor la práctica de la información sobre legitimidad, limpieza y genealogía del presentado, se dice á la letra: "Sabed... como por la parte del doctor don Antonio de Mira y Amescua emos sido requerido con una cédula del Rey nuestro señor, por la qual... le haze merced de presentarle al Arzedianato de nues-



tra santa Iglesia de Guadix...“ Es visto, pues, que en esa *traza* obtenida por el Sr. Rivero, Mira de Amescua se llamó *arcediano de Guadix* diez y ocho años antes de serlo.

Y no son éstas solas: otras muchas reflexiones, juntas y aun cada una de por sí, prueban de sobra que no hay, que no puede haber tales escritos cautelosamente solapados en las obras de Cervantes. Si en realidad los hubiese, ¿cuánto tiempo no habría costado al autor urdir todo ese doble texto? Preciso le habría sido gastar en tan empachosa tarea todos los veinte años últimos de su vida, á él, que por tener que agenciar su pan cotidiano con mil sudores y trazas—¡aquellas sí que serían *trazas!*—ni aun repasaba lo que había escrito, como se echa de ver en casi todas las páginas del *Quijote*. Además, labor tan de benedictino, siendo ciertas las afirmaciones del señor Rivero, no era sólo para quien escribía, sino también para quien hubiese de descifrar lo así escrito; de manera que habría que suponer al Conde de Lemos, y á Mira de Amescua, y á Lope de Vega, y á los Argensolas, atareadísimos día y

noche, como lo ha estado y lo está el señor Rivero, en deletrear por dentro los libros de Cervantes, después de haberlos leído por lo exterior y visible, y en escribir con el mismo intríngulis los suyos propios. Y al fin, ¿para qué todos estos aburridísimos *solitarios?* Pues tan sólo para dejar escondidos en ellos los relatos de cien chismecillos comadreros y baladíes, tarea enteramente indigna de ingenios próceres, que á pasarse la vida en lo que ahora se quiere suponer, no habrían dejado, para honra propia y de la nación en que vivieron, ni la mitad de las preciadísimas obras con cuya publicación escalaron el alto asiento de la inmortalidad.

El vulgo

—¿...?

—¿Y quién duda de eso, amigo mío? El vulgo es un perpetuo enamorado de toda novedad, y así, en las primeras cuarenta y ocho horas, deslumbrada su fantasía, se encantó con las garridas lucubraciones del Sr. Rivero; el vulgo, he dicho,

sin perder de vista que, por lo tocante á él, ha de opinarse como opinaba Don Quijote: "Y no penseis, señor—decía al Caballero del Verde Gabán—que yo llamo aquí vulgo solamente á la gente plebeya y humilde; que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo." Pero como las novedades que no tienen sólido fundamento no arraigan ni en el vulgo mismo, antes por el contrario, mueren de caducas luego que asoma otra novedad cualquiera que exalte su veleidosa imaginación, ya ve usted lo que ha sucedido: que el Sr. Rivero se ha quedado, como dicen, más solo que la una.

No obstante...

¿...?

—No obstante todo lo dicho, y contrapesando bien unas cosas y otras, más ha ganado que ha perdido el Sr. Rivero en esta ruidosa aventura. Que en cuanto á *el secreto de Cervantes* está equivocado de todo punto, es verdad pasada en cosa

juzgada; pero, ¿qué pecador no erró una vez, aquí donde el justo suele errar siete veces al día? Los mismos que hemos patentizado la equivocación procederíamos con mala fe si no estimásemos al luchador de *La Lucha* por un excelente periodista, de pluma ágil, de movido y agradable estilo, de vocabulario copioso y pintoresco, de ingenio fértil y lozano, que sabe travesear de lo lindo, derrochando la sal morena y donairosa. ¡Qué diferencia entre la gentil prosa de Rivero y la de ese menguado y desabrido Cervantes apócrifo, que tan mala traza se da en las puramente chismográficas de esas *Memorias* tan dignas de olvido! De las notables dotes de escritor de que ha hecho gala el Sr. Rivero no habríamos tenido noticia sin el ruidoso yerro de quien las posee. Por tanto, *¡o felix culpa!;* pues con dejarse de libros de caballerías el Sr. Rivero, y con dedicar su actividad, su talento y su cultura á avalorar, si quiere permanecer en España, el diario que los utilice (que bíen se honrará cualquiera de los mejores con tener en su Redacción á hombre de tal mérito), estaremos del otro lado de la calle.

Y pasará el tiempo, y nos irá pasando á todos, como á higos en pasera, y llegará día, transcurridos algunos años, en que D. Atanasio Rivero, en algún rato de solaz, distraiga sonriente á los amigos que le escuchen, con alguna festiva referencia á cosas pretéritas, empezando así:

—Cuando yo, por males de mis pecados me di á los estudios anatómicos y quise *desentrañar* el *Quijote*...

LA NOTA CÓMICA

También la gracia popular ha puesto sus comentarios al descubrimiento del Sr. Rivero.

En la página siguiente va la muestra. Es una carta que la Academia de los Ociosos *de Morón de la Frontera, envió al brillante periodista D. Manuel Avello y que éste publicó en* El Correo Español.

Los «académicos» de hoy, trasunto regocijado de los de Nápoles, lanzan en su escrito una nueva versión del famoso párrafo de Avellaneda, desentrañado á estilo y semejanza de cómo el Sr. Rivero lo ha hecho, pero con mayor derecho á que se crea en su exactitud y autenticidad, pues, según el Sr. Avello dice, en la traza *del investigador asturiano faltan* diez y seis *letras y sobran* catorce *y en la de los* Ociosos *de Morón solo faltan* tres *y sobran otras* tres...

Muy señor nuestro: Completamente admirados por los estupendos descubrimientos de D. Atanasio Rivero, hemos sentido la noble emulación de la gloria y nos hemos dedicado á realizar unos cuantos juegos malabares con las letras del célebre párrafo en que aquel señor halló ocultos los nombres de los autores del falso *Quijote.*

¡Los nuestros sí que han sido descubrimientos! Lea vuesa merced, y dígale al Sr. Rivero que explique cómo en el siglo de Cervantes existían dos insignes literatos homónimos de nuestros *fenómenos* Belmonte y Pastor.

Por lo demás, ya verá vuesa merced que Cervantes no tenía razón en quejarse de Gabriel L. Albión Argensola, á quien había cedido su privilegio; esto está tan claro como la luz del mediodía.

Con estos descubrimientos nos hemos envanecido, y, á más de alabarnos á todo

pasto como investigadores fenomenales, hemos decidido meternos á desentrañar todo lo que se nos ponga por delante; por lo pronto, trabajamos sobre la última nota de D. Antonio Maura, en la cual este señor se declara autor del envenenamiento de Yoang-chi-Kay.

Vea vuesa merced si ese trabajillo le puede servir de algo, y perdone la libertad que se toman estos sus afectísimos servidores,

Los individuos de la Academia de los Ociosos, *de Morón de la Frontera.*

PARRAFO DEL "QUIJOTE" DE AVELLANEDA

El sabio Alisolán historiador no menos moderno que verdadero, dize que, siendo expelidos los moros agarenos de Aragón, de cuya nación él descendía, entre ciertos anales de historias halló escritas en arábigo la tercera salida que hizo del lugar del Argamasilla el invicto hidalgo don Quixote de la Mancha para ir a unas justas que se hazian en la insigne ciudad de Çaragoza y dize desta manera.

Entraña enigmatica sacada por Rivero

Esta es historia anónima continuazion del Don Quixote de la Mancha q en su anzianidad dirigio al Duque de Bejar Miguel Cervantes Saavedra de Alcalá de Henares, q la ossaron componer Gabriel Leonardo Al[b]ion Argensola, Secretario del Estado y de la Guerra y el Dr. Antonio Mira demescua Arcediano de Guadix y q esta es[c]rito pª leer el egregio viso[rr]e[y] [C]onde de L[em]os en la Acad[em]ia [de] los Ozi[o]ss[o]s.

Entraña irrebatible sacada por los Ociosos.

Es la rara historia anónima continuazion del Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha, q ya casi en su anzianidad ossara dirigir Miguel Çervantes Saavedra al egregio Duque de Bejar e q ha sido sacada e escrita por el Dor. Xoan Belmonte Garzia, llamado Terremoto, de

la ziudad de Seuilla, y el L.° Uizente Pastor, *Chico de la* [*B*]*lusa,* q era de esas vezindades, e la hizieron en honor del gran Con[d]e Le[m]os.



EPÍLOGO

Otros ilustres cervantistas han terciado, con muy agudas razones, en este peregrino pleito. Citaremos, especialmente, á D. Enrique de Cárcer, autor de la notabilísima obra *Las frases del Quijote;* á D. Juan Givanel Mas, celebrado continuador del *Quijote* con notas y comentarios de Cortejón; á D. Adolfo Rodríguez Jurado, expertísimo investigador y escritor muy distinguido y á D. Fidel Pérez Mínguez, á quien la bibliografía cervantina debe el excelente libro *La casa de Cervantes en Valladolid* y un admirable estudio, titulado *Juan López de Hoyos, maestro de Cervantes.*

No es posible, sin dar dimensiones excesivas á este volumen, reproducir en él sus trabajos, y menos todos los que han visto la luz en *El País, El Debate, El Liberal, España, Nuevo Mundo, La Ilustración Española y Americana, Fígaro, Los Comentarios* y otros diarios y revistas de

Madrid y provincias de diversa índole y varia significación ideológica.

El Sr. Rivero, según propia confesión, quiso producir una revolución en la historia literaria de España, "interesando y apasionando al mundo entero" con sus artículos. Era un propósito demasiado ambicioso; pero fuerza es reconocer que, por lo menos, ha logrado levantar no poco ruido y polvareda. Sólo haremos constar que ninguno de estos críticos se ha puesto de su parte. Todos, por el contrario, coinciden con los puntos de vista coleccionados é insertos en este tomo. Ello nos releva de reproducir sus juicios.

Ahora el Sr. Rivero se propone sacar su descubrimiento de las hojas efímeras de los periódicos y llevarlo á un libro, que es lugar de más largo asiento y permanencia.

Tal es el objeto del nuestro, donde, si no todos, están reunidos los pareceres más escogidos y autorizados que se han opuesto públicamente á las afirmaciones del nuevo investigador: poner á salvo la réplica, situándola, frente al que éste dé á la estampa, en los escaparates de las librerías y en los estantes de las bibliotecas.

ÍNDICE


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 11 05 10 015 4